

Triduo, Novena y Primer Viernes de cada mes al Corazón de Jesús

A MARÍA INMACULADA

MADRE DEL HERMOSO AMOR
Y DE LA SANTA ESPERANZA
OFRECE ESTE LIBRITO
ROGANDO POR LA CONVERSIÓN DE LOS PECADORES
Y PARA QUE NOS INTRODUCIA
EN EL CORAZÓN DE SU HIJO JESÚS

EL AUTOR

Triduo en honor del Sagrado Corazón de Jesús

CADA DÍA

Se empieza así: Por la señal, etc., y después se canta o reza la siguiente

Salutación al Corazón de Jesús

Ave, Corazón abierto
De Jesús, mi Salvador,
Recibe nuestras ofrendas,
Nuestra vida y nuestro amor.
Humildes son nuestro dones,
Mas inmensa es la afición
Acéptalos, Jesús mío,
Guárdelos tu Corazón.
Bendice nuestras empresas,
Reina, reina en tu nación.

Oración preparatoria

“Venid a Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré”

“Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas”.

“Tomad mi yugo sobre vosotros, porque mi yugo es suave y ligero el peso mío”.

Con estas regaladas palabras, amable Jesús mío, nos convidas a todos los que gemimos y lloramos en este destierro a buscar solo en Ti consuelo, fortaleza y paz; a aprender lecciones de vida eterna. Movida mi alma por tan atenta invitación acude a Ti, Jesús dulcísimo, para pasar santamente este día en la escuela de tu Sacratísimo Corazón, aprendiendo las lecciones de vida eterna que te dignes darme. Mas no voy sola, sino

acompañada de tu dulcísima Madre y mía María Inmaculada, que conservó y meditó todas estas verdades en su purísimo corazón. Fuerza es, pues, Jesús mío, que me admitas a esta tu divina escuela, y sufras mi grande rudeza y corta aplicación en imitar tus virtudes, porque me llamaste, y porque eres manso y humilde de corazón. Habla, pues, Señor y Maestro mío Jesucristo, que tu siervo y discípulo escucha, y mueve con tus palabras y ejemplos tan eficazmente mi corazón, que solo sienta, desee, ame, sufra, hable y obre como Tú, para hallar aquí descanso mi alma en la morada de tu Corazón, y después felicidad cumplida en el reino eterno de tu gloria. Oh Inmaculada María, Madre mía, discípula la primera y más aprovechada del Corazón de Jesús, rogado a Jesús por mí con mis santos abogados y especiales protectores en este día. Amén.

Oración final

Gracias infinitas os doy, Señor mío Jesucristo, por haberos dignado admitirme a la escuela de vuestro Sagrado Corazón, y enseñarme con vuestros ejemplos y palabras a conformar mi vida con la vuestra, sufriendo tan pacientemente mi cortedad, rudeza y desaplicación... Hacedme merced, os ruego, amantísimo Jesús, de que no salga jamás de la morada de vuestro Corazón, sino para abismarme en ella en los resplandores eternos de la gloria. Concededme a este fin, Jesús mío, que mi corazón se revista cada día con más perfección de las virtudes de vuestro Corazón santísimo, y se inflame con sus afectos, y esparza vuestro buen olor en todo lugar y tiempo, y viva yo, mas no yo, sino Vos en mí, atrayéndoos innumerables corazones a vuestro servicio y amor. Amén.

¡Oh María, Virgen Inmaculada, Madre de Dios y madre mía! por vuestro corazón purísimo alcanzadme con mis santos protectores estas gracias y la especial de este día. Amén.

Corazón de Jesús, mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor. *(300 días de indulgencia).*

Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor. *(300 días de indulgencia).*

Dulce Corazón de María, sed mi salvación. *(300 días de indulgencia).*

Jesús, José, Teresa y María, yo os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José, Teresa y María, guardadme siempre en vuestra compañía.

Jesús, José, Teresa y María, venid en ayuda del que en vosotros confía.

Récese o cántese la Coronilla de desagravios y una letrilla del final de este librito.

DIA PRIMERO

Se empieza como cada día.

Amor del Corazón de Jesús

Composición de lugar. Mira al Corazón de Jesús traspasado con la lanza, que te dice: ¡Cuánto te amé!

Petición. Dame, Jesús mío, amarte como Tú me amas, y vivir y morir de amor divino.

Punto primero. Amor de Jesucristo: he ahí toda la ciencia de las Sagradas Escrituras, he ahí la explicación de todas las obras de Dios: “Me amó y se entregó a la muerte por mí”; esto es, porque me amó, obró mi redención copiosa. Me amó el Corazón de Jesús con toda la fuerza que le comunicaba el poder de ser Hijo de Dios, y con toda la delicadeza y ternura que le dio el ser Hijo de una Virgen Madre la más amante y pura. Aun durmiendo, Jesús me amaba, porque vigilaba su Corazón. Dos admirables y dulcísimos *latidos* se oyen en el Corazón de Cristo Jesús, por los cuales se obra nuestra salud: el primero es por los pecadores, y por este latido habla incesantemente al Padre, y le aplaca y le inclina a misericordia, y mueve el corazón de sus elegidos a orar por ellos y a excusar sus faltas, e invita a los mismos pecadores amorosamente a penitencia, y les espera a que se conviertan con inefable deseo... El segundo latido del Corazón de Cristo es por los justos, por los cuales habla al Padre y le invita a alegrarse con Él del provecho de su sangre divina en su redención, porque en el corazón de los justos halla todas sus delicias de mil maneras el divino Corazón de Jesús.

Mas no se contenta con mostrarnos de esta suerte su inmenso amor, sino que nos manda que le amemos, y nos promete el reino de los cielos, como recompensa si le amamos, y nos amenaza con el castigo del fuego eterno del infierno si no le amamos. ¿Puede pedirse más invenciones a su amor para hacerse amar? Tan grande es este deseo de ser amado del hombre, que si fuese capaz de pena, moriría de dolor al verse no amado. Por satisfacer este deseo se hizo hombre, y para facilitarnos y movernos más a amarle. Todo es amor Cristo Jesús. Su súplica es amor: Dame, hijo mío, tu corazón, tu amor. Sus mandamientos son: amor el primero, amor el segundo: Ama a Dios, ama a tu prójimo. Su ley, toda su ley es amor: La plenitud de la ley es amor. Ama y haz lo que te plazca. Su religión es amor. Por esto el principio y el fin de todas nuestras obras, de todos los afectos de nuestro corazón, debe ser el amor de Dios. Porque Dios es Dios de mi corazón, por eso su religión es religión de amor, religión del corazón, porque es religión de Dios, Dios de mi corazón. ¡Oh Jesús mío y todas las cosas! ¡Oh Corazón de Jesús, amor mío y Corazón mío! O amarte o morir.

Punto segundo. Cristo Jesús nos ama porque nos ha comprado con su sangre, con su muerte nos ha libertado de la esclavitud de Satanás y del pecado, y somos suyos no solo por derecho de creación, de conservación, sino por derecho de redención, de elección, de compra, de conquista. Así es, que de ningún modo podemos negarle nuestro amor, ni Él sabe ni puede hacer más para probárnoslo. Al nacer se nos dio por compañero, en la Eucaristía se nos da en alimento, al morir en precio, en su reino en premio.

Nos amó eternamente, graciosamente, constantemente, ardentísimamente. ¿En qué más puede mostrarnos su amor? ¿Quién se hubiese atrevido jamás, aun en el exceso del mayor orgullo, a exigir a Dios, como prueba de su amor a nosotros, que se hiciese

hombre como nosotros, y viviese treinta y tres años en este destierro en medio de los mayores trabajos, y que por fin muriese en la cruz la muerte más cruel e ignominiosa, y que se quedase entre nosotros hasta la consumación de los siglos en el Sacramento de nuestros altares para ser nuestro alimento y sacrificio, recibiendo en cambio desvío, desprecios, ultrajes, profanaciones, sacrilegios?

Pues lo que al hombre en su orgullo jamás se le hubiera ocurrido pedir a Dios, Él lo ha hecho espontáneamente graciosamente, sin que nadie se lo pidiese ni se lo exigiese; solo a impulsos de su infinito amor. ¡Oh Corazón de Cristo, Corazón de Dios! Solo Tú posees el ingenio de la caridad, del amor, porque solo Tú sabes estas invenciones amorosas, porque nos amas con verdadero amor. Por eso nos pides con toda justicia, al par que con la más exquisita dignación, ternura y delicadeza, que te amemos con *todo* nuestro corazón, que te demos *nuestro corazón*, que nos convirtamos a Ti con *todo* nuestro corazón; porque solo el corazón es tu obra maestra, y amándote ya estás satisfecho, porque lo que eres para todo el universo, eso es nuestro corazón en nosotros. Si eres dueño de nuestro corazón, eres ya dueño de todas nuestras cosas. ¡Oh amor de Cristo Jesús, que me amas más de lo que yo me puedo amar! Ven a mi corazón y reina en él, y con flecha divina traspásalo, como traspasaste el corazón de tus siervos enamorados, en especial como el de mi Madre santa Teresa de Jesús. Envía tu ángel con el dardo de oro inflamado de fuego, y penetra con él mis entrañas, y arráncalas de todo amor creado, y llévalas hacia Ti. ¡Oh dardo bienaventurado! ¡Oh flecha amorosa! ¡Oh requiebro suave! ¡Oh transverberación deseada! ¡Oh herida sabrosa! Desciende a mi pecho, hiérole y abrásale. Ven, oh serafín, y traspasa mi corazón y consúmelo en el divino amor, de suerte que no sepa amar en adelante más que a Jesús y con Jesús. Dame vida y muerte del divino amor. Amén.

Afectos. ¡Oh flecha de oro! ¡Oh dardo amoroso! ¡Oh herida de fuego! Penetra en mi corazón y ponme disgusto para todo lo criado, amor inmenso para mi Criador, y unión perfecta con el Corazón de mi amado Jesús. ¡Oh Jesús, amor del alma mía y único deseo de mi corazón! Yo quiero una herida que mate y dé vida, hiera y sane, que dé dolor y gozo, pena sabrosa y sabor penoso, abismando mi alma toda en la dulzura inefable del océano de vuestro amor. Tres corazones contemplo, Jesús mío, heridos y traspasados en este día ante mis ojos, y son vuestro Corazón herido con una lanza, el de vuestra Madre purísima traspasado con una espada, y el de mi Madre santa Teresa de Jesús transverberado con un dardo de oro y de fuego. Lanza, espada, dardo, ¿qué tienen que ver estos instrumentos de muerte y de dolor con vuestros Corazones inocentes? Mas ya comprendo, Señor, que en el amor no se puede vivir sin dolor, y como estos Corazones son modelo de amor, por eso se nos muestran llagados por el dolor. Porque, oh Corazón de Jesús, yo sé que las heridas del corazón son las más sensibles y dolorosas, porque el corazón es el manantial y el principio del sentimiento, y cuando el corazón sufre, todo sufre en nosotros.

Mostrarnos, pues, los corazones heridos y traspasados con la lanza, o con la espada, o con un dardo, es mostrarnos la inmensidad de su dolor y de su amor. También sé, oh Corazón traspasado de mi Jesús, que cuanto un corazón más ama, más sufre al verse mal correspondido, y que esa suerte ha cabido a vuestro Corazón, que tanto nos ha amado y tan poco ha sido amado por nosotros, o más bien ha sido despreciado,

injurado. Por esto, Dios mío, yo propongo en unión del Corazón traspasado de mis queridas Madres, maría Inmaculada y Teresa de Jesús, no vivir sino para desagraviaros, no vivir sino para suplir el desamor de los hombres, no, no vivir sino amándoos con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y trabajando con todo ahínco para despertar o inflamar otros corazones en vuestro amor. Vivamos y muramos todos abrasados en vuestro amor. Amén.

Jaculatoria. ¡Oh Jesús mío! Yo os amo con todo mi corazón, y deseo amaros por todos los que no os aman.

Obsequio. Atraeré con mis oraciones, palabras y ejemplo cuantos corazones pueda al amor de Jesús.

EJEMPLO

Trueque de corazones

Un día santa Catalina de Sena decía con fervor aquel versículo del salmo I: “Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva en mis entrañas un espíritu recto”. Y llevada del mismo sentimiento que inspiró a David, dijo repetidas veces: “Señor, llevaos mi corazón; quitadme la voluntad”. Tuvo entonces la santa una visión que la consoló en extremo: parecía que el celestial Esposo le abría el costado izquierdo y le sacaba su propio corazón para llevárselo. El domingo siguiente, Catalina, después de haber permanecido muchas horas en oración en la iglesia de santo Domingo, se volvía tranquilamente a casa, cuando de repente se halló rodeada de una vivísima luz, y vio al Salvador que llevaba en sus sagradas manos un corazón vivo y brillante. Nuestra santa temblando de pies a cabeza cayó de rostro en tierra. Entonces Jesucristo se le acercó lleno de bondad, le abrió el costado, y le puso aquel corazón que llevaba en las manos diciéndole: “Hija mía; Yo te saqué el corazón, ahora te doy el mío, por el cual vivirás de aquí en adelante”. Muchas veces al contar esta maravillosa aparición a su director el P. Tammaso, le exhortaba a que se hiciese digno de semejante favor, y le decía que desde el día que se verificó aquel precioso trueque de corazones, no podía pronunciar, por más que quisiese, aquellas palabras que en otro tiempo repetía con tanta frecuencia: Señor, yo os encomiendo mi corazón. Y añadía: “Padre, ¿no observa Vd. que no soy la que era? Verdaderamente me hallo cambiada en otra. Si Vd. conociese lo que pasa en mí; si los hombres sintiesen lo que yo siento en este Corazón, no habría nadie tan orgulloso y endurecido que no se enterneciese y humillase. Y aún lo que digo es nada en comparación de lo que siento. Hállome anegada en una alegría tan grande, que no sé cómo mi alma puede permanecer por más tiempo en este cuerpo; y mi interior se abrasa en ardores tales, que el fuego más ardiente de la tierra comparado con el que me consume, es hielo. Este ardor produce en mi alma una especie de renovación de pureza y humildad: paréceme que he vuelto a la edad de cuatro o cinco años. Mi amor al prójimo ha crecido en tanto grado, que diera gozosa la vida por él”. Imitemos la humildad de tan gran santa, y será renovado nuestro corazón y espíritu como el suyo.

Oración final

DIA SEGUNDO

Se empieza como cada día.

Sacrificio del Corazón de Jesús

Composición de lugar. Ver al Corazón de Jesús cómo ya desde el primer instante se sacrifica a su Padre por mi amor.

Petición. Dadme, Corazón de Jesús, el saber sacrificarme por Vos en todas las cosas.

Punto primero. Sacrificio. He ahí el primer acto y el último y el único, por decirlo así, de la vida de Jesucristo, porque toda su vida fue sacrificio. Sacrificio en el primer instante de su concepción en el seno de María; sacrificio al entrar en el mundo; sacrificio al vivir en él; sacrificio al dejarlo muriendo en la cruz. “Vos no habéis querido sacrificio ni ofrenda, pero me habéis dado un cuerpo mortal. Entonces dije: Heme aquí que vengo, según está escrito de Mí, para cumplir, Dios mío, vuestra voluntad” (*Hebr. x*).

Sacrificose enteramente a todo lo que quiso su Padre, haciendo siempre lo que era de su agrado. En todos los actos de la vida de Cristo, su Corazón repite lo de Getsemani: “No lo que Yo quiero, Padre mío, sino lo que Tú”.

Ofrece y sacrifica su cuerpo y su voluntad con un acto pronto, libre y generoso. Por esta consagración o inmolación, Cristo no se pertenece a sí, no existe para sí, porque lo que tiene lo ha recibido para inmolarlo por la gloria del Padre, por la salvación del mundo.

¡Qué misterios tan profundos se descubren en este continuo sacrificio del Corazón de Cristo Jesús! Adora al Padre y reconoce su supremo dominio; le ama con la mayor perfección y le consagra todo lo que de Él ha recibido; se sujeta a todos los designios amorosos que tiene sobre Él; se humilla, se anonada, como víctima que debe ser destruida, consumida; manifiesta su amor incomprensible al hombre por el cual se inmola, a fin de cerrarle las puertas del infierno y abrirle las puertas del cielo. La vida toda de Cristo no fue más que la ejecución, el desarrollo de este primer acto de sacrificio, un sacrificio prolongado.

Desde el primer instante de su vida ya vio Cristo clara y distintamente, y su Corazón amó, aceptó, abrazó con todo su querer, todos los trabajos de alma y de cuerpo que debía sufrir en toda su vida hasta morir en la cruz. “Lo quiero, Padre mío, repetía Cristo, porque Tú lo quieres; lo quiero como Tú lo quieres; tu ley y tu voluntad en medio de mi Corazón, mi manjar, mi único bien, mi único deseo”. Devoto de Cristo, ¿siente como Jesús tu corazón? ¿Amas como Jesús, te sacrificas como Jesús y por Jesús?... Pues sábetete que este es el punto principal de la imitación de Cristo, la lección primera, esencial, única que debes aprender en la escuela de su Corazón adorable. Si sabes sacrificarte por Cristo siempre y en todas las cosas, serás luego santo, gran santo y verdaderamente feliz.

Punto segundo. Si el Corazón de Jesús es el modelo del cristiano, el amor al sacrificio es lo primero y principal de esta imitación, porque de esto depende todo. El sacrificio de nuestra voluntad a Dios es el alma de la piedad, de la devoción al Corazón de Jesús. Sin este sacrificio ni puede existir ni concebirse esta imitación. No se puede dar verdadero culto a Dios si no es amándole, dice san Agustín, y es evidente que no se puede amar sin sacrificarse por la persona amada. Si eres cristiano debes ofrecer a Dios el sacrificio de tu mente, de tu corazón, de tu alma, de tu cuerpo. Este espíritu de sacrificio debe resplandecer en todos los actos del cristiano, si no su piedad será estéril, desagradable

a Dios; y le honrarán con los labios, pero no con el corazón. Mas ¡ay dolor! Esta doctrina no es conocida, ni menos practicada por ninguna alma apenas, aun de las que son devotas, viéndose que en nada se asemejan al Corazón de Cristo, porque no saben lo que es sacrificio. Tememos darnos a Dios, vamos siempre regateando con Él; tememos las dulces tiranías del divino amor, y por eso somos infelices, porque solo el amor generoso que ama el sacrificio lo endulza todo, lo hace fácil todo. Tal vez ni una hora hemos vivido guiados por ese amor generoso, de sacrificio: por eso somos infelices. Nuestras pasiones, las criaturas nos tiran a sí, nos apegamos a ellas; mas no pueden saciar nuestro corazón, y de ahí el desengaño, el desencanto y el tormento. “Mi yugo es suave, y ligero el peso mío”, dice Jesús. ¿No creemos esta palabra de Dios? Si Dios es Padre de misericordias y Dios de bondad, ¿por qué tememos darnos enteramente a su servicio y amor? ¿Quién resistió a Dios y tuvo paz?... Al contrario, el que ama a Dios y se inmola a su voluntad santísima, exclama con el apóstol: “Sobreabundo de gozo en todas las tribulaciones, porque vivo yo, mas no yo; vive en verdad Cristo en mí”. ¡Oh Cristo Jesús! Tú que me amaste hasta el fin, esto es, hasta el límite del más puro, generoso y grande amor; Tú que eres mi principio y mi fin, mereces que me ofrezca todo a Ti y sin reserva. En tus manos me pongo, a ti lo inmolo todo, porque tuyo es. Mi regla será tu voluntad y no la mía. Yo te sacrifico mi corazón, dispón de él como víctima de tu soberana voluntad. Dame tu amor y tu gracia, que esto me basta, porque solo Dios basta. ¡Viva Jesús mi amor!

Afectos. Toda mi religión y toda vuestra vida me clama, Jesús mío: ¡Sacrificio, sacrificio, sacrificio! Sacrificio de mi corazón, de mis afectos, de mis deseos, de mi vida: he ahí, Señor mío Jesucristo, lo que os puedo ofrecer y que sé que a Vos más os gusta: ¡Mi corazón! ¡Oh Corazón de Jesús! He ahí la víctima, he ahí el altar, he ahí el sacerdote, he ahí la espada para el sacrificio. Sacrificame. ¡Todo me doy a Vos! Haced de mí lo que quisieréis. Cordero sacrificado desde el principio del mundo sois Vos, mi Jesús, y el sacrificio quiero sea la ley única de mi corazón, porque lo ha de ser de mi amor, que se da todo a Vos.

¡Yo sé, Jesús mío, que el estado de víctima es el más perfecto! revolvedme aquí o allí, que a todo diré que sí... Yo no quiero vivir por mí, sino por Vos. Vuestro Corazón es la víctima por excelencia, que adoro todos los días en el Sacramento del altar. Yo inmolo todos mis gustos a vuestro gusto, mis deseos a vuestros deseos, mi amor a vuestro amor, mi corazón, mi voluntad y mi vida a la vuestra. Quiero ser sacerdote que a cada momento os sacrifique víctimas agradables, cuales son los actos de vencimiento, de abnegación, porque sé que son los que más os complacen. Sacrificio veo en Vos, Jesús mío, siempre víctima y sacrificador, pontífice y Hostia santa; y sacrificio ha de ser toda mi vida para unirme a Vos por el amor. Sacrificio en la Encarnación, en el Nacimiento, en la vida, en la muerte y sobre todo en la cruz. La vida de todos vuestros siervos es un continuo sacrificio. O morir o padecer, exclaman con vuestra seráfica esposa Teresa de Jesús. Una vida sin sacrificio no es vida cristiana, ni religiosa, ni santa. La cosa más bella en este mundo es la cruz. Clavadme en ella y sostenedme contra mí mismo, contra la debilidad de la carne, para que no ame más que a Jesús y el sacrificio de su cruz.

Jaculatoria. Señor, o morir o padecer; no os pido otra cosa para mí.

Obsequio. Ofreceré cada día algunos actos de vencimiento y negación de mi voluntad a Jesús y por Jesús.

EJEMPLO

Piedra de toque del verdadero amor

Temiendo santa Ángela de Foligno ser víctima de una ilusión en medio de los grandes favores celestiales de que se veía colmada, exclamó un día: “¡Oh Dios omnipotente! si no padezco un error, si verdaderamente sois Vos quien me habláis, dignaos darme una señal cierta e indubitable que excluya toda duda”. Y en la sencillez de su fe esperaba que Dios le daría alguna prueba aparente y visible que la asegurase sobre el particular; mas Dios le respondió: “Lo que me pides te alegraría por un instante, pero no calmaría tus zozobras, pues en esto mismo podrías ser víctima de una ilusión. Te daré una señal mejor, una señal que estará dentro de ti misma y que sentirás continuamente: esta señal es mi amor, que te hará dulces todas las penas y tribulaciones. El deseo ardiente de padecer y el recibir con alegría los desprecios, son una señal cierta de mi gracia”. Aprendamos, pues, que en el amor de Dios no se vive sin dolor, y este dolor sufrido por amor de Dios, es señal de su amor.

Oración final.

DIA TERCERO

Se empieza como cada día.

Reparación. Desagravios.

Composición de lugar. Ver a Jesús, que te muestra su Corazón y te dice: Ámame por los que no me aman.

Petición. Dame, Corazón de Jesús, tus sentimientos de reparación de la gloria del Padre.

Punto primero. Mostrándose Jesús con su Corazón a la beata Margarita, un día díjole: “He ahí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, y tan mal correspondido se ha visto y se ve por ellos. Díselo.”. Esta queja y encargo Jesucristo a todos nos la hace, porque a todos nos ha amado, y todos le hemos mal correspondido. Así como el sol no deja lugar del mundo sin iluminar o nada se esconde del beneficio de su calor, así tampoco hay ninguna alma que no participe de los inmensos ardores del amor del Corazón de Jesús. Mas ¡cuán mal le hemos correspondido! ¿Quién hay que pueda decir: yo no he pecado? Mentiroso sería quien tal dijera. Luego todos hemos correspondido mal al amor de Jesucristo.

¡Oh! ¡Cómo todos debemos exclamar y gritar con la estática santa Catalina de Sena: El Amor no es amado; el Amor no es amado! Sí, el Amor es despreciado, ultrajado. ¡Pobre Jesús! ¡Pobre Jesús! ¡Pobre Jesús! ¡Mendigo divino de amores humanos, se vistió de nuestra librea, y anduvo y anda por todo el mundo pidiendo a cada corazón de los mortales una limosnita de amor, y no se la damos; y ve en cambio cómo en su presencia, y hasta a veces sin pedirla y siempre casi sin merecerla, se da esta limosna grande de amor, se prodiga, se derrocha a manos llenas a criaturas y cosas indignas!

¡Cuánto ha de sufrir tan noble, tan santo, tan divino Corazón al presenciar tan villana conducta!... Y no obstante, Jesús, Dios y Hombre, como si no pudiese ser feliz sin nuestro amor, a pesar de estos desdenes y ultrajes, esquivances e ingratitudes, desprecios y descomedimientos, está a la puerta de nuestro corazón y llama, para que le abramos y admitamos a nuestro amor. Y a pesar de verse con repulsa desdeñosa tratado, espera y vuelve a esperar, un día y otro día, un año y otro año, sufriendo y sobrellevando con paciencia inalterable, que solo su infinito amor le puede dar, por ver si recibe una limosna de amor, que se le debe de justicia, pero que Él pide como si fuese un pobre pordiosero... ¿No es esto una ingratitud monstruosa? ¿No merece reparación una conducta tan villana? Mas ¡ay de mí, Jesús, que yo he formado coro con estos infames y pérfidos y desalmados, y he despreciado vuestro amor, he pisoteado vuestros dones, he blasfemado de vuestras bondades! Perdonadme, que ya quiero enmendarme, y amaros por los que no os aman, y adoraros por los que no os adoran, y desagraciaros por los que os ultrajan. Aceptad mi corazón contrito y humillado, pues del todo me consagro a vuestro servicio y amor.

Punto segundo. La reparación y desagravio debe consistir en poner amor, gratitud, reverencia, adoración, donde debía haberlos. Porque propio es del buen hijo cuanto más injuriado ve a su buen padre por un hijo pródigo, tanto más multiplicar las expresiones de cariño, reverencia, respeto y amor, y dar un beso de amor y de paz reverencial a la mejilla que fue herida con desprecio por quien le debía reverencia y amor. Y esto debemos hacer nosotros, si queremos consolar al Corazón de Cristo, y reparar los ultrajes que recibe de los hombres.

En dos cosas principalmente, podemos mostrar ese espíritu de reparación y desagravios y son: 1º. En adorarle con profundo respeto. 2º. En recibirle sacramentado con grande amor.

Sí, demos a Jesús, a su Corazón adorable, respetuosa adoración: primero al orar en el templo y al dirigirnos a Él; segundo en las visitas frecuentes a sus templos y altares. Miremos a Jesús solo, abandonado en el sagrario, en tantas iglesias que hay en el mundo, donde apenas tiene una lámpara que arde, un pobre sagrario por morada, y una persona que le visite y le adore en espíritu y en verdad. Unámonos a los santos ángeles que hacen la corte al buen Jesús en el sagrario, y ofrezcámosle actos los más profundos y reverentes de adoración, cánticos de gratitud, de amor, de gloria y de acción de gracias.

Para reparar el desvío de los cristianos que no comulgan o solo alguna vez, y las profanaciones y sacrilegios de los que comulgan indignamente, comulguemos con fervor, comulguemos a menudo. Porque ¡ay dolor! No solo los herejes y judíos e idólatras son los que injurian a Cristo en el Sacramento de su amor, sino son los malos cristianos, que indignamente le reciben y lo ponen a los pies de Satanás. Y yo, Dios mío, tal vez os he recibido sacrílegamente, o a lo menos os he injuriado, ultrajado con mis irreverencias en el templo, en la oración, delante de Vos sacramentado. ¡Qué crueldad!, ¡qué fiereza!... ¡Oh Salvador mío amabilísimo, que tenéis siempre los brazos y el corazón abiertos para recibir a los pecadores arrepentidos que se convierten a Vos! Perdonadme mi poca fe, mi poca preparación al recibirlos y daros gracias y

adoraros en el Sacramento de vuestro amor, y concededme la gracia de llorar amargamente todas mis infidelidades pasadas, y abrasarme y morir de vuestro amor. Amén.

Afectos. ¡Oh Jesús mío adorado! Los ángeles de paz lloran amargamente al ver la ingratitud y los ultrajes y desprecios de los mortales a vuestro amor. ¡Y mis ojos quedarán secos al contemplar tan lastimero espectáculo!... ¡Quién dará llanto a mis ojos y contrición a mi corazón y fervor a mis obras para reparar tales ultrajes! ¡Oh Corazón de Cristo!, ¡qué mas podíais hacer para probar vuestro amor al hombre; y qué menos podía o puede hacer el hombre para probaros su reconocimiento! ¡Ni Vos podíais hacer más a pesar de ser omnipotente, ni el hombre podía hacer menos, vil criatura y gusanillo de la tierra!... ¿Cómo nos amaste tanto, Corazón de Jesús, sabiendo lo que somos y cómo nos habíamos de portar contigo? ¿Cómo nos amaste tanto, Corazón amabilísimo, previendo nuestra frialdad y desvío e ingratitud? ¿Cómo nos amaste al verte tan mal correspondido?... Menester es reconocer en Ti un Corazón de Padre, que da la vida por sus hijos y no se cansa de sufrirlos, porque es eterno, pues de otro modo no se comprende la constancia y la firmeza de tu amor. Bendito seas, alabado, adorado y amado por todos los ángeles y los hombres, y haz que forme coro siempre yo con los más perfectos amadores de tu Corazón y más fielmente agradecidos a tu amor. Dame tu amistad y gracia siempre, y recíbeme por los más amados y allegados a tu Corazón. Amén.

Jaculatoria. ¡Jesús mío! yo os adoro por todos los que no os adoran, os amo por todos los que no os aman, y os alabo, honro y glorifico por todos los que os agravian.

Obsequio. Comulgar a menudo en desagravio.

EJEMPLO

Una comunión espiritual de la beata Margarita

Estaba un Viernes Santo llena de tristeza la beata Margarita María por no poder recibir aquel día a nuestro Señor Jesucristo, por lo que, derramando abundantes lágrimas, le dijo: “¡Oh mi amado Jesús, ya que no puedo poseeros en este día, no cesaré de deseáros; quiero consumirme deseándoos!”. Entonces el divino Salvador se dignó consolarla con su divina presencia, y le dijo: “Hija mía, tu deseo ha sido tan agradable a mi Corazón, que si no hubiese instituido el Sacramento de mi amor, lo haría ahora para hacerme alimento tuyo: hallo tanto placer en que se me desee recibir, que cuantas veces el corazón forma este deseo, le miro para atraérmelo”. Esta visión causó tan honda impresión en la beata Margarita, que sentía un vivo dolor a la sola idea de que Jesús era poco amado y poco deseado en el Sacramento del altar. Nada le entristecía tanto como el ver que los hombres no se acercaban con frecuencia a Él, o que hablaban del mismo con indiferencia y frialdad. Consolemos, pues, al Corazón de Jesús sacramentado comulgando a menudo con fervor.

Oración final.

Novena

DIA PRIMERO

Se empieza como cada día.

Humildad del Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Cristo que te dice: Aprende de Mí, porque soy humilde de Corazón.

Petición. Jesús mío, dame un corazón humilde como el tuyo.

Punto primero. La humildad es la virtud característica del Corazón de Jesús, y la razón que da para que aprendamos de Él es porque es manso y humilde de Corazón. De suerte que nadie puede proponerse por maestro y modelo a los demás, y exigir o pedir que aprendan de él, si no es humilde de corazón. Y es porque como dijo el mismo Jesús a nuestra santa Madre Teresa de Jesús, la humildad es la verdad, y andar en humildad es andar en verdad; y como Dios no solo es suma Verdad sino Dios de la Verdad, por eso ama tanto la humildad, y nada ni nadie le puede placer ni agradar si no va acompañado de la verdad, o sea de la humildad. Por esto el Corazón de Jesús amó esta virtud de la humildad sobre todas las otras virtudes, y nos la recomendó con sus palabras y ejemplos, y es la que forma el distintivo de todos los santos. En esta preciosa virtud, que nadie conoció de los gentiles, está todo el secreto de la vida de Cristo, de su reino y de su gloria.

Es virtud del corazón la humildad, y es el corazón de toda virtud, porque sin ella son solo corteza, polvo que se lleva el viento, fantasma de virtud, muerte o apariencia solo de virtud. Toda la vida de Cristo es una práctica de la humildad: desde su Encarnación hasta su Resurrección gloriosa, es un acto continuo de esta inestimable virtud. Belén, Egipto, Nazaret, la Judea y Galilea no son más que un mapa que nos recuerda los hechos humildes del Corazón de Jesús. Y no contento de haberse así humillado durante su vida pasible, ha querido continuar ese anonadamiento o aniquilamiento en el Sacramento del altar hasta la consumación de los siglos. Dios infante en el seno de María, Dios niño, Dios adolescente, Dios que padece y muere en una cruz, despreciado, abatido, saturado de oprobios, es verdaderamente un Maestro y Modelo de humildad inconcebible: pero en estos pasos, aunque oculta su divinidad, conserva la figura de hombre, esto es, criatura racional; mas en el Sacramento del altar oculta hasta su humanidad, y aparece a nuestros ojos un pedazo de pan o un poco de vino, y nada más, porque oculta su humanidad a nuestros ojos, cubriéndose con los accidentes de pan y de vino. ¡Oh humildísimo Jesús! Si Vos no nos lo dijeseis, si la fe no nos lo enseñara, ¿cómo se podría creer ni jamás juntar Dios y niño, Dios y hombre, Dios que padece, Dios que está real y sustancialmente en la Sagrada Hostia tan alto y tan poderoso como está en los cielos adorado de los ángeles y de todos los justos? Con razón soberana podéis, pues, decirnos, oh Jesús mío, que aprendamos de Vos, porque sois humilde de Corazón, y solo Vos nos lo podéis decir. ¡Ojalá aprenda esta lección,

Jesús mío, y la practique con fidelidad todos los días de mi vida, y sea como Vos humilde de corazón! Amén.

Punto segundo. ¡Cuán diferente es mi conducta de la vuestra, Jesús humildísimo! Yo, siendo nada de mí mismo, y miseria, y aun peor que nada, porque he sido pecador, busco siempre la honra y la gloria, la alabanza y el aprecio de los hombres, y nada temo tanto como la confusión y el desprecio. En lugar de repetir en todos mis actos: No a mí, Señor, no a mí, Señor, sino a vuestro nombre sea todo el honor y la gloria, me hago yo como centro de todos los honores y alabanzas y complacencias; levanto en mi corazón como un trono y un altar, y coloco en él el ídolo de mi orgullo, de mi desordenado amor propio. Y porque, oh mi Jesús, no ando en verdad delante de Vos, Vos me resistís continuamente, y no hallo paz ni gozo verdadero. ¿Cuándo comprenderé mis verdaderos intereses? Si busco la exaltación, solo la hallaré en la humildad. Todos los santos que están en el cielo y reinan con Vos, todos los justos que os sirven con paz en la tierra, todos me repiten con sus palabras y obras con la Reina de la humildad al frente, vuestra Madre y mía, María Santísima: *Deposuit potentes de sede:* A los poderosos u orgullosos los derrocó de su asiento. *Et exaltavit humiles:* Y exaltó a los humildes. Abatió a los soberbios; exaltó el Señor a los humildes. Renuncia, pues, alma cristiana, a todo pensamiento de orgullo, a todo deseo o apetito desordenado de propia excelencia, porque si en tu corazón descubre el Señor un puntillo de negra honra, o de falta de humildad, no se entregará a ti. Mas si eres humilde, con un cabello le atraerás a ti, y serás dueña de su Corazón y de tu corazón. No seas necia, que las vírgenes necias no las reconoce por sus esposas el Señor, ni las admite a su reino. Ponte en tu lugar, sé justa, sé verdadera. Da a Dios lo que es de Dios, esto es, todo lo bueno, santo y perfecto que en ti conozcas, y atribúyete a ti lo que es tuyo, esto es, el pecado, la miseria y la nada. Así morará la Verdad de Dios en tu corazón, y tú reinarás con Él en la hermosura y abundancia de paz, prelude de aquella vida de arriba, que es la vida verdadera. ¡Oh humildísimo Jesús! Quiero ser humilde de veras, y callar y sufrir por Vos. Ayudadme con vuestra gracia. Amén.

Afectos. ¡Oh Jesús, humilde de Corazón! Quiero ser generosamente humilde y humildemente generoso, animoso, porque la humildad, apoyándose en Vos omnipotente, y que jamás os mudáis, engendra almas reales, generosas, nobles con la nobleza de Dios. Por eso quiero salir de la tierra y bajeza de mi propio conocimiento y miseria, y entrar en la tierra de promisión de vuestro Corazón, y allí meditando vuestra humildad y verdad, será más noble, como tocada de vuestra condición, mi propia humildad. Confieso, Dios mío, que sin Vos nada puedo, ni siquiera tener un buen pensamiento, un buen deseo, una buena palabra, porque toda mi suficiencia de Vos me viene. Más aún confieso, Jesús mío, y es, que de mi caudal solo tengo miserias, pecado y el ser nada. Pero también creo, reconozco y confieso, que con Vos lo puedo todo, y que Vos jamás faltáis a quien en solo Vos confía, y con verdad os pide vuestro auxilio. Heme, pues, a vuestros pies ofreciéndoo un corazón contrito y humillado por su orgullo y faltas pasadas; pero también muy confiado en vuestra infinita clemencia que me perdonaréis, que haréis brillar mejor vuestro poder, esforzando una cosa tan vil en vuestro amor y servicio. Hinche, Jesús humildísimo, los senos inmensos de mi alma, vacíos ya de todo orgullo y vana complacencia y confianza en sí misma, y toma posesión de ella, de suerte que jamás te vuelva a echar de sí por el pecado. Aplica el

ungüento de tu humildad a todas sus heridas, y quedará sana y salva mi alma, hasta aquí pecadora por haber sido orgullosa. Amén.

Jaculatoria. Jesús, humilde de Corazón, comunícame tu humildad.

Obsequio. Como las humillaciones son el único medio para alcanzar la humildad, pídoos, Jesús humilde, me deis a lo menos deseos de ser humillado.

EJEMPLO

Consejos del Sagrado Corazón

He aquí lo que nuestro Señor dijo un día a santa Brígida: “Querida hija mía, Yo te escogí y reservé para Mí solo; ámame, pues, con todas las fuerzas de tu corazón; ámame, no como un hijo ama a sus padres, sino como los padres aman a sus hijos; ámame más que a todas las cosas del mundo. Yo te crié, y sin embargo no titubeé en sacrificar todos los miembros de mi cuerpo por tu amor. Y amo tanto a tu alma que preferiría ser crucificado segunda vez, si posible fuese, a separarme de ella. Imita mi humildad: mira; Yo, que soy el Rey de la gloria y de los ángeles, me vi cubierto con vestiduras de ignominia, fui atado desnudo a la columna, y escuché con mis propios oídos todas las injurias, calumnias y oprobios que mis enemigos vomitaban contra Mí. Prefiere mi voluntad a la tuya: mi Madre y señora tuya, desde el principio al fin de su vida, no hizo sino lo que Yo quería. *Si lo haces así, tu corazón estará dentro de mi Corazón, y quedará inflamado con el fuego de la caridad, y Yo llenaré tu alma y moraré en ti*”.

Oración final.

DIA SEGUNDO

Se empieza como cada día.

Mansedumbre del Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Jesús, que mostrándote su Corazón te dice: Aprende de Mí, porque soy manso de Corazón.

Petición. Jesús mío, dame un corazón manso como el tuyo.

Punto primero. La mansedumbre, hija mía, como hija de la caridad y de la humildad, es otra de las virtudes características de mi Corazón. Si quieres ser verdaderamente devota mía, no lo olvides, debes con preferencia esmerarte en ser caritativa o amante, mansa y humilde de corazón. Sin esto jamás serás mi discípula, ni mi devota, ni amada de mi Corazón. Caridad, mansedumbre, humildad. Caridad con Dios, mansedumbre con el prójimo, humildad contigo misma: en esto conocerá el mundo y todos los cristianos que eres hija predilecta de mi Corazón. La mansedumbre, hija mía, es como la manifestación de la caridad o amor del prójimo. Es imposible que sea manso con el prójimo el que no le ama, porque no podrá sufrir sus asperezas, su genio, su condición, sus miserias y flaquezas, que es lo que más abunda en esta vida. Es la mansedumbre o dulzura el aceite suavísimo que mana de la caridad del Corazón de Jesús, el cual viniendo a nuestra alma la suaviza, le quita el roce y aspereza, y la hace dócil, suave, tratable con todo el mundo. Quitale el aceite de las ruedas o de su engranaje, y verás

como luego se gastan, se paralizan, no pueden andar. Quitá, pues, la mansedumbre de los corazones, y tendrás que este mundo con tantos choques y roces de genios y condiciones, ásperas, desiguales, férreas, se convierte en un infierno anticipado. Al contrario, ¡cuán agradable es vivir entre las gentes como hermanos, suavizando las asperezas de la condición brusca de cada cual con el aceite de la caridad, aplicado por la mansedumbre al trato cotidiano! Viven como hermanos, saben sufrirse mutuamente, condescienden, hay concordia y unión y vida dulcísima. Y si alguna vez la fragilidad y miseria humanas perturban el orden de algún movimiento, luego la mansedumbre lo compone, y las almas vuelven a vivir en armonía y paz.

Buen ejemplo es mi Corazón, hija mía, que, a pesar de vivir rodeado de un pueblo grosero, a pesar de tener por discípulos y allegados más íntimos doce pobres pescadores, a pesar de las contradicciones y críticas malévolas de mis enemigos, no perdió la mansedumbre ni la paz: siempre igual, siempre pacífico, inalterable... ¡Oh Jesús mío, cuánto tiene nuestro corazón que aprender de tan hermoso y amorosísimo Corazón! Enseñadnos a practicar vuestra mansedumbre, mansísimo Jesús.

Punto segundo. Pondera bien, alma cristiana, que todo el exterior de Cristo resplandeció con la hermosa virtud de la mansedumbre. Como hubiese venido al mundo para atraer los corazones al amor y servicio de Dios y a su *suave* yugo, representa una majestad y dulzura que al verlo se sentían forzados a exclamar: He aquí el Cordero de Dios. Bastaba una mirada, una sonrisa cuando infante, una caricia cuando niño, una palabra cuando adolescente, para atraer en pos de sí todas las voluntades, arrastrar a su seguimiento todos los corazones, aun los más duros, distraídos y pecadores. “Sígueme”, dijo a los pescadores Pedro y Andrés, Juan y Santiago, y al alcaballero Mateo, y al instante lo dejan todo y le siguen. Una mirada basta para convertir a Pedro perjuro. Gustaba Jesús del trato de los pequeños y débiles, de los niños y de los pecadores, y cuando le criticaban los pérfidos escribas, les decía: “La misericordia quiero, que no el sacrificio: no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”. Y para explicar la mansedumbre de este Cordero de Dios, la Escritura se vale de aquella conmovedora comparación de que su voz no se oirá, ni acabará de quebrantar la caña quebrantada, ni acabará de apagar la mecha que aún humea. Llamaba a los pequeñuelos sus amigos y hermanos, y les explicaba y repetía lo que no entendían, y les animaba y consolaba, y los trataba como un Padre, no como un Señor, más bien como iguales, y a veces se hacía su siervo. Sus labios destilaban miel y sus palabras más dulces eran que el panal, y en su Pasión, sobre todo, al sufrir al pérfido Judas, a los malvados judíos, callando, con paz, revela el exceso de su mansedumbre. A los apóstoles, que pedían hacer descender fuego del cielo para castigar a los desatentos, les reprende diciéndoles: “No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del Hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas”. Por eso llama bienaventurados a los mansos, porque ellos poseerán la tierra, heredarán la tierra, como dice el profeta. Mas esta dulzura, esta mansedumbre, ha de ser hija de la fe, de la caridad, del vencimiento, no del temperamento natural, porque entonces para en debilidad, indiferencia o criminal condescendencia; mas la mansedumbre del Corazón de Jesús corrige con firmeza, avisa con caridad, disimula con prudencia y cumple siempre su deber mirando a la gloria de Dios únicamente y al bien de las almas. ¿Es así tu mansedumbre, alma

cristiana? ¡Cuán fácil es que peques en esta virtud por exceso o por defecto! Por esto aprende las lecciones de verdadera mansedumbre, que te da el Corazón de Jesús, y serás feliz en el tiempo y por toda la eternidad.

Afectos. ¡Oh mansísimo Jesús! ¡Cuánto necesito de vuestra dulzura, yo que he de tratar con mis prójimos para atraerles al amor de Vos! ¡Cuánto necesito de dulzura fuerte y de fortaleza dulce, para no caer en los extremos viciosos de una blandura criminal o de una aspereza insufrible! Siempre me he de arrepentir de mi ira y aspereza, porque me busco más a mí que a Vos al tratar con el prójimo. Quiero establecer en los corazones el reinado de mi amor propio insoportable, no el vuestro dulce y suave: de ahí mis desabrimientos y enfados y el enajenarme los afectos de los corazones. Enseñadme, Jesús mío, a amar como Vos, a sufrir como Vos, y seré manso como Vos. Vos decís, Jesús mío, que vuestro yugo es suave y ligero vuestro peso, porque con vuestro trato dulce y suave todo lo facilitáis; mas yo lo hago áspero y pesadísimo por mi genio iracundo. Verdaderamente que yo no puedo desear con mayor eficacia que Vos el bien de las almas: ¿por qué, pues, me enojo y desaliento? ¡Ay! Porque no soy manso de corazón. Quiero, pues, imitar vuestro Corazón y sujetarme enteramente a vuestro suave yugo. Vos solo habéis de reinar en mi corazón y tener posesión perfecta de él. Vuestra acción dulce, inmutable y atractiva lo ha de dirigir. Por eso yo sacrifico mi genio, mis fuerzas, mi libertad. Viva solo vida de fe, de esperanza y de amor, y reine en mi corazón vuestra mansedumbre, para que halle paz mi alma, y pacificada os atraiga millones de corazones a vuestro servicio y amor, porque no hay imán más fuerte para atraer las almas que la dulzura de vuestro amor. Reinad en mí, Jesús manso y humilde de Corazón, y reine yo en las almas para conducir las a Vos y reinar eternamente con Vos.

Jaculatoria. Jesús, manso de Corazón, comunícame tu dulzura.

Obsequio. Cuando me vea movido de la ira, callaré, hasta que se me pase.

EJEMPLO

Una reprensión del Corazón de Jesús.

Determinó santa Gertrudis un día de san Matías, apóstol, dejar la Comunión, difiriéndola para mejor ocasión por hallarse acosada de varias ocupaciones y más distraída de lo que solía, juzgándose por esto menos dispuesta, y le dijo el Señor: “¿Por qué pierdes los tesoros que habías de recibir hoy? Si no te hallas tan dispuesta, pídemela a Mí y a mis santos, que tenemos la disposición que te falta, y llégate a la mesa aunque sea con vestido prestado, y no defraudes a tu alma de tan grande bien”. Así lo hizo la santa, y después de la Comunión, en la que sintió abrasarse su corazón en vivas llamas de amor, acordándose que una conocida suya se había abstenido de la Comunión aquel día, le dijo al Señor: “¿Por qué permitió vuestra Majestad abstenerse de comulgar esta sierva vuestra, y que haya perdido tan gran bien?” Respondióle el Señor: “Ella ha tenido la culpa, que Yo le franqueé mi mesa, y no vino a ella por su propio parecer”. Con lo que entendió la santa que no gusta Dios de que las almas devotas que llaman para su mesa se excusen de venir a ella.

Oración final.

DIA TERCERO

Se empieza como cada día.

Celo del Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Jesús que te dice: Fuego he venido a meter en la tierra de los corazones, y ¿qué quiero sino que ardan?

Petición. Jesús mío, dame la gracia de amarte y hacerte amar.

Punto primero. El que no tiene celo por los intereses de la persona amada, no tiene amor, dicen los santos: *Qui non celat non amat.* Es el celo la llama de amor viva, poderosa, activa. Por esto compara el amor la Santa del seráfico amor a esas fuentecillas que a la ribera de los ríos de continuo bullen y levantan menuda arena que se opone a su paso, y aunque el agua por su peso natural tiende a correr hacia abajo, aquí por el impulso interior que recibe sube hacia arriba. Y esto retrata la fuerza, el celo del amor. Donde está el amor verdadero, no puede estar quieto. A todas las cosas imprime movimiento y vida, y no las deja hasta perfeccionarlas, unirlas a sí. Mira mi Corazón, hija mía, y verás un retrato perfectísimo del celo. El celo de la gloria de mi Padre me devoraba, y al verla tan perdida por la envidia y malicia de Satanás y por los pecados de los hombres, bajé del cielo, me hice hombre, padecí, morí y fundé la Iglesia, instituí los Sacramentos, y me quedé en el Sacramento de los altares en toda la tierra para suplir el desamor de los hombres, apartar de vosotros la ira de mi Padre, y atraer las bendiciones del cielo sobre la tierra, y conservar la armonía, la unión y la paz que había conquistado con mi sangre. Todas mis acciones, hija mía, todos mis padecimientos y trabajos son llamaradas de mi celo. Porque te amé, padecí y morí. Y no contento mi Corazón de significarte este vivo celo, se valió de las más bellas y tiernas comparaciones o parábolas para probártelo... ¿Qué son sino muestras acabadas del celo que devoraba mi Corazón por tu bien las parábolas de hijo pródigo, del Buen Pastor, que corre por sierras y barrancos en busca de la oveja perdida, y se la carga sobre sus hombros; y la mujer que barre toda la casa para hallar la dracma perdida, y tantas otras? ¡Aprende tú en este Corazón, que no perdonó trabajos y fatigas, alma cristiana, para glorificar al Padre y procurarte el mayor bien; aprende a tener celo por mi honor, por mis divinos intereses, que todos se hallan en que mi sangre aproveche a las almas, que éstas se salven y glorifiquen a Mí y a mi Padre celestial!... ¡Oh Corazón de Jesús! Tu celo confunde mi inacción, tu amor mi frialdad, tu sacrificio mi indiferencia. Abrásame en tu amor, para que te imite en tu celo, y sea digno discípulo tuyo. Amén.

Punto segundo. Dos cosas son las que dan gloria al Padre y a su Hijo, alma mía, y estas dos cosas son las que ante todo debe procurar tu celo. Éstas son el conocimiento y amor de Dios y de Jesucristo, porque en esto está la vida de las almas temporal y eterna. Todo lo que ayude y despierte con más eficacia las inteligencias y corazones a conocer y amar a Dios y a Jesucristo, debe ser el trabajo ímprobo y constante, la materia del celo de todas las personas piadosas. Y como una de las cosas que más nos descubre los tesoros de las riquezas y bondad de Dios y de su Hijo Jesucristo es su Sagrado Corazón, de ahí es que el propagar esta devoción ha de ser una de las cosas a que con preferencia se dediquen las personas celosas. Jesucristo conocido, amado,

adorado, por medio del conocimiento, amor y adoración de su Corazón santísimo; he ahí un campo inmenso donde puede espaciarse el celo; he aquí uno de los medios más eficaces para glorificar a Dios inmensamente. En estos tiempos de egoísmos, de materialismo e indiferencia, en que faltando la fe se resfría o se extingue la caridad en los corazones, ha reservado Dios Nuestro Señor, por un exceso de misericordia y como un remedio de su providencia el más oportuno y eficaz para curar o extirpar de raíz estos males, la devoción a su Sagrado Corazón. Así lo expresó el discípulo amado a santa Gertrudis; así lo confirmó a su esposa la beata María Alacoque; así lo vemos por consoladora experiencia todos los que practicamos tan santa, tan amorosa devoción. Mirar este Corazón adorable de Jesús que tanto amó y ama a los hombres, y lo demuestra con su herida, con sus espinas, con sus llamas, con su cruz, y no sentirse suavemente, fuertemente movido a amarle, y no despertarse el celo por su gloria, es imposible. Pruébelo quien no lo creyere, y lo verá por consoladora experiencia. Porque ¿quién hay que pueda estar al lado del fuego y no sentir su ardor? ¿Quién hay que se vea envuelto en llamas abrasadoras, en una atmósfera de fuego, y no sienta abrasarse? Menester sería no tener fe, no saber quién es Jesucristo, no mirar su Corazón. ¡Oh Señor mío Jesucristo! ¡Celador y amador verdadero de las almas! Verdaderamente es un *milagro diabólico* que viviendo circuidos por todas partes de los incendios de vuestro Corazón adorable, no os amemos, o vivamos en la frialdad e indiferencia, sin sentir arder en nuestros pechos a lo menos una centellica de vuestro celo. Acabad en mí vuestra obra, Señor. Subvenid a ese vuestro siervo que habéis redimido con vuestra sangre, y viva y muera mi corazón abrasado, consumido de vuestro amor y celo, para que os atraiga miles de corazones a vuestro amor. Amén.

Afectos. ¡Oh Jesús mío!, ¡cuán mal os he correspondido! ¡Si a lo menos no hubiese sido mayor mi falta que el no tener celo por vuestra gloria! Mas ¡ay de mí, Señor!, ¡que además os he injuriado, os he ofendido, he pecado contra Vos!... ¡y no contento con pecar yo, he inducido a otros a pecar con mis palabras, con mi mal ejemplo! ¡He sido agente de los intereses de Satanás! He tenido celo por dilatar, ensanchar su reino de perdición y de iniquidad, y he formado coro con sus secuaces. ¡Qué desgracia!... ¡Cuántas almas habré perdido! ¡Cuántos amores habré robado a vuestro Corazón! ¡Oh Jesús mío, Salvador de las almas! Si el celo y trabajos que he pasado para pecar y ofenderos y dar gusto a Satanás, al mundo y a mis pasiones, lo hubiese puesto en agradaros a Vos, ¡cuán santa sería! ¡Qué corona de méritos para la vida eterna hubiese atesorado! Mas ahora, Señor, aunque es verdad que el tiempo perdido no vuelve, a lo menos quiero multiplicar con mi celo el poco tiempo de vida que vuestra misericordia me otorgare. Tendré celo de la salvación y perfección de vuestro amor en mi alma, trabajando con todo ahínco en hacerme santa por el exacto cumplimiento de mis obligaciones. Tendré celo por la salvación de las almas todas, sobre todo por las que ponéis a mi cuidado, y todo mi afán será procurarles la salvación con mis oraciones, palabras y buen ejemplo. Quiero mudar de vida, y ser fervorosa y fiel en cumplir vuestra voluntad en todas las cosas. Ámeos yo siempre con todo mi corazón, Jesús mío, y haced de mí lo que quisiéredes. Amén.

Jaculatoria. Oh fuego divino que siempre ardes, abrásame.

Obsequio. Haré todos los días algún acto de caridad con mi prójimo para moverlo al amor de Jesucristo.

EJEMPLO

Requiebros del Corazón de Jesús.

Tan grande era el amor de Dios que ardía en el corazón de la seráfica virgen santa Teresa de Jesús, que le parecía le metían una saeta en sus entrañas y en su corazón, y no sabía ni qué hacer ni qué querer; solo hallaba alivio a su mal dando quejidos amorosos; no queriendo, por otra parte, se le acabase pena tan sabrosa, pues no hallaba en la vida deleite alguno que tanto contento le diese.

Y este divino fuego crecía tanto a medida que iba recibiendo mayores mercedes, que no fue posible estar por más tiempo encerrado en su corazón, por lo que un serafín, con un dardo de oro, de cuando en cuando abría un cráter en aquel volcán ardoroso, para dar paso a los incendios de amor.

Oigamos como refiere la misma santa uno de estos maravillosos hechos, acaecido poco antes de emprender la obra de la Reforma Carmelitana:

“Quiso el Señor que viese algunas veces esta visión: vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo con forma corporal; lo que no suele ser sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. En esta visión, quiso el Señor le viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos que parece todos se abrasan. Debe ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad, que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aún harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento”.

Oración final.

DIA CUARTO

Se empieza como cada día.

Pureza de intención del Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Jesús, que te dice: Yo siempre hago las cosas que son de agrado a mi Padre celestial.

Petición. Jesús mío, todo por Vos y a vuestra mayor gloria.

Punto primero. La pureza de intención es llamada el *ojo* por el santo Evangelio (*Mat. VI*), porque así como el ojo, dice san Agustín, es la guía de todos los miembros, así la intención dirige todas nuestras acciones, y debe ser el alma de todas nuestras obras. Porque ¿de qué te aprovechará, alma cristiana, el trabajar, ayunar, rezar y hacer cualquiera otra obra si no agradas a tu Padre celestial, que es el que debe premiarlas?

El Corazón de Jesús siempre se ocupó en las cosas que miraban a los intereses de la gloria de su Padre. No puede hallarse un momento en que no glorificase a su Padre con sus acciones internas y externas. Jesús no pensaba en sí, sino en su Padre; no en su gloria, sino en la de su Padre. El amor le llevaba fuera de sí. “El celo de tu gloria, me devoró, decía. Tu voluntad, Padre mío, en medio de mi Corazón está, y ella es mi comida, mi norte, porque siempre hago lo que te es agradable”. La gloria del Padre: he ahí el principio, el medio y el fin de todos sus deseos, palabras, obras y trabajos. Sacrificarse todo, todo a sí mismo, y glorificar al Padre de todos los modos posibles, he ahí la única aspiración y ocupación de su Corazón adorable. Porque Cristo comprendió plenamente desde el primer instante de su Encarnación, que no se le había dado aquel cuerpo y aquella alma sino para sacrificarla, emplearla toda sin reserva la más mínima en glorificar al Padre.

Así es que Cristo no mira en las acciones qué hace, ni si son grandes o pequeñas, ni difíciles o fáciles, ni gloriosas o ignominiosas, ni dulces o amargas, sino tan solo la glorificación de su Padre. Y por lo mismo, ora se encierra nueve meses en el seno de la Virgen, ora se muestra al mundo haciendo maravillas; lo mismo acepta la vida escondida en Nazaret, que la vida pública apostólica; lo mismo la gloria del Tabor, que las ignominias del Calvario, porque en estas y todas las demás cosas no buscaba más que glorificar a su Padre haciendo su voluntad santísima. ¡Oh alma cristiana!, ¡cuánto tienes que aprender del Corazón de Jesús en este punto, el más esencial de su imitación! Medítalo seriamente, corrige el desorden de tu corazón y ofrécete como Jesús a glorificar al Padre celestial, no de otro modo sino haciendo todas las cosas que son de su agrado.

Punto segundo. Comprende bien, alma cristiana, y pondera que en este punto está lo esencial de la devoción al Corazón de Jesús, de la imitación de este Sagrado Corazón, esto es, que todo lo hagamos, todo lo deseemos y todo lo suframos para glorificar al Padre celestial, y que nada puedes hacer más grato a su Corazón que unir tu intención a la suya en todo lo que pienses, hagas o padezcas. Sí, acostúmbrate a decir en todas las cosas: Padre mío, que estás en los cielos, esto lo hago en unión con Jesús; todo por Jesús. ¿Como, bebo, duermo? En unión con Jesús.

Dejemos nuestras miras bajas y bastardas, nuestros intereses siempre mezquinos y terrenos, y sublimemos todos nuestros actos con esta unión, elevándolos a esta intención de Jesús. Con esto empezarás a entrar en la Escuela del Corazón de Jesús, y aprenderás y practicarás la más importante lección. No seas alma vil ni interesada; déjalo todo en manos de Jesús, para la gloria del Padre, y esto sublimará el mérito de todos tus actos. ¿Qué cosa más baja que el comer, beber, dormir, trabajar, etcétera? Pues todos estos actos hechos en unión con Jesús, de sus divinas intenciones, para glorificar al Padre, para salvar al mundo, tienen un mérito imponderable.

¡Arriba, pues, los corazones, los amores, los deseos, los suspiros, las intenciones, las obras; arriba con Jesús, al cielo! No se queden por la tierra arrastrándose sobre ella, sin subir al cielo, por falta de pureza de intención, que será la mayor desgracia cansarnos y no aprovecharnos, sembrar y no recoger, sudar y no dar fruto, pudiendo con la misma cosa, la misma obra, glorificar a Dios y atesorar un peso inmenso de

gloria para la eternidad. Todo por Jesús, con Jesús, para Jesús y Jesús será nuestra recompensa eterna, grande en demasía.

¡Oh Jesús, que os habéis dado todo al Padre por mí, y al mismo tiempo todo también a mí! Hacedme la gracia de aceptar este pacto con Vos: No quiero pensar, desear, ni padecer, ni obrar cosa alguna, si no es en Vos, y con Vos y por Vos. No quiero sino amar o morir: morir a todo otro amor que no sea el vuestro, para vivir solo por Vos. ¡Oh Salvador y Amor de mi alma! Haced que repita siempre: ¡Viva Jesús, a quien amo! Amo a Jesús, que vive siempre en mí. Amén.

Afectos. ¡Cuán doloroso es para mi alma el tener que exclamar en vuestra presencia, Jesús mío, con los apóstoles: He trabajado toda la noche de mi vida, y nada he recogido o casi nada para la vida eterna! Y todo esto, Señor mío, me ha acaecido por mi culpa, porque no eché la red de mi trabajo en tu nombre. ¿Qué terrible desengaño y remordimiento es a la vez para mi alma, Dios mío, el ver que con lo mismo que podía ganarme el cielo e innumerables grados de gloria, nada he ganado, sino que he perdido tantos bienes, y merecido castigo por mis desordenadas operaciones? ¿Cómo recuperar lo perdido, si el tiempo perdido no vuelve?... A lo menos, Señor mío Jesucristo, en adelante, quiero recuperar tan inmensas pérdidas de bienes celestiales, trabajando con todo ahínco por Vos y con Vos y para vuestra mayor gloria. No quiero cosa de este mundo, sino porque Vos la queréis, y en el modo y manera que Vos la queréis. Vos sois mi Señor, y os toca mandar. Yo soy vuestro siervo, y os debo en todo obedecer, y emplear el tiempo que me resta de vida, mis fuerzas y talentos solo en lo que os haya de dar mayor gloria, haciendo vuestra santísima voluntad. Sí, Jesús mío; todo por Vos y todo por vuestra gloria, en vida y muerte y por toda la eternidad. Amén.

Jaculatoria. ¿Qué se me da a mí de mí, Señor, sino de Vos?

Obsequio. Lo haré todo en unión con Jesús, y a su mayor gloria.

EJEMPLO

Fineza del Corazón de Jesús.

La hermana Francisca de las Cinco Llagas, religiosa napolitana de la orden de Alcántara, tenía costumbre de visitar al Santísimo Sacramento en espíritu, cuando no le era posible ir a la iglesia. Se la veía con frecuencia levantarse del suelo, con los brazos extendidos y el rostro vuelto hacia la iglesia más próxima, y entonces exclamaba: “¡Oh Esposo mío, mi divino Esposo! ¡Oh Vos, alegría de mi corazón!, ¡quisiera reunir en mi pecho los corazones de todos los hombres para bendeciros y amaros! ¡Oh mi buen Jesús! ¿Cómo estar hoy sin Vos? ¡Oh mil veces felices las lenguas que os han recibido! ¡Dichosas las paredes de la iglesia que encierran a mi Salvador! ¡Cuánto deseara que mi corazón fuese un horno encendido donde ardiese sin cesar el fuego del amor, con objeto de amaros más!” Y procuraba satisfacer su amor con frecuentes comuniones espirituales: a este remedio acudía en sus momentos de desolación. No era raro que sus comuniones espirituales se transformasen en comuniones sacramentales; porque el arcángel san Rafael le daba la Comunión. Muchas veces al celebrar la Misa el P. Bianchi, se vio quitar el cáliz por una mano invisible (era la de san Rafael), que se lo devolvía en seguida: una vez, más de la mitad de la preciosa Sangre había desaparecido, y Francisca dijo al sacerdote: “¡Ah, padre mío, sin la intervención de san Rafael, que me ha recomendado dejar algo para que pudieseis consumir el sacrificio, hubiese apurado el cáliz!”.

Oración final.

DIA QUINTO

Se empieza como cada día.

Paciencia del Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Jesús, que mostrándote su Corazón te dice: Sufreme, pues te sufrí.

Petición. Dame gracia de imitarte en los padecimientos, Jesús mío, para gozar de tu gloria.

Punto primero. Amar padeciendo, padecer amando: he ahí la única ciencia de los santos, la única ciencia que hace santos, la más sublime, la más práctica, la más necesaria, la más divina. He ahí resumida en esta sentencia toda la vida de Cristo Jesús, los dolores de su Corazón adorable. Porque me amó padeció: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me. Charitas patiens est:* La caridad es paciente: y porque ama, padece, y porque padece ama. El seno de María antes de nacer Jesús; el pesebre y la circuncisión en su nacimiento; el destierro en su infancia; la pobreza en su juventud; los trabajos y contradicciones en toda su vida pública; toda clase de tormentos en su Pasión: he ahí la vida de Cristo paciente. Más aún, en nuestros altares sufre profanaciones y sacrilegios en el Sacramento de su amor, y en el cielo oye blasfemias con que le insultan continuamente los hombres ingratos. Y Cristo Jesús, padeciendo porque ama, clama al Padre y le dice: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen".

Como una oveja delante del que la trasquila, que enmudece y no abre su boca, nos presenta el profeta la imagen de Cristo paciente; o como un varón de dolores que no teniendo parte sana desde la planta de los pies a la coronilla de la cabeza, nos clama: Oh vosotros los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor comparable a mi dolor. "Todos han sido contra Mí": los pontífices, los presidentes, el rey, los soldados, los verdugos, los sabios, la plebe, mis amigos, mis discípulos, los propios y los extraños, todos se han alzado contra Mí, todos se han coaligado para saciarme de oprobios y colmarme de tormentos... y hasta mi Padre celestial me deja en manos de mis perseguidores, y soy hecho en vida y en muerte un objeto de contradicción de parte de todos los hombres; la abyección de la plebe. Y no obstante, lo padezco y lo sufro todo con gozo, y aun deseo padecer más.

¡Oh Jesús mío! ahora comprendo que vuestra paciencia inalterable es el precio del amor que me tenéis. Ahora comprendo por qué a vuestro siervo Francisco, al responderos a vuestra pregunta qué quería *el Amor*, le dijisteis: He aquí el medio, el ser clavado en cruz; porque en el amor no se puede vivir sin dolor. Padezca, pues, por Vos, Jesús mío, por amor lo que Vos sufristeis por mí, pecador.

Punto segundo. Para conocer el fruto que has sacado de asistir a la escuela del Corazón de Jesús, debes mirar lo que has ganado en amor a la cruz, a padecer, porque no se puede vivir en este amor sin dolor, sin padecer. Para mejor comprenderlo examina si hay en tu corazón alguno de los tres grados de la virtud de la paciencia. El 1º es padecer con calma, con tranquilidad de espíritu, sin quejas ni murmuraciones contra Dios y los hombres. El 2º es padecer con resignación, conformándose con la voluntad de Dios en todo, no queriendo esto más que aquello, sino que se haga en todo su voluntad soberana, diciéndole de corazón con la Santa del morir o padecer, santa Teresa de Jesús: “Vuestra soy, para Vos nació, ¿qué queréis, Señor de mí?” El 3º es padecer con gozo, encontrando la consolación en padecer, engolosinándose con la cruz, como enseña la seráfica Doctora Teresa de Jesús. Esto es lo que pasaba a los santos apóstoles, que salían gozosos del concilio de los judíos porque habían sido dignos de padecer contumelias por el nombre de Jesús. Esto es lo que nos encarga el apóstol Santiago cuando nos exhorta a que nos gocemos en nuestros trabajos. Esto es lo que nos dice el apóstol san Pablo: “Sobreabundo de gozo en todas mis tribulaciones, que sufro por Cristo”.

¿En qué grado te hallas, alma cristiana?... A todos nos es necesaria la paciencia, a lo menos la del primer grado, porque sin ella no entraremos en el reino de los cielos. ¿La posees? Mas el alma amante del Corazón de Cristo paciente no debe contentarse con padecer sin pecar; es menester que pase más adelante, y diga en todos los trabajos de la vida: Señor, no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres. Quiero padecer contigo no solo resignado, sino gozoso, porque yo sé que Tú me amas, Padre mío, y no permitirás jamás me sobrevenga ningún trabajo sin darme tu gracia para sobrellevarlo con fruto. Dame, pues, tu amor y gracia; haz que te sirva y ame siempre, y haz de mí lo que quisieres. Dadme muerte, dadme vida, dadme infierno, dadme cielo, que a todo diré que sí, pues por vuestra me ofrecí.

¡Oh alma mía! Entonces, cuando llegues a este grado probarás en tu alma la dulzura que da la paciencia, y nunca querrás estar sin cruz. Entonces te embriagarás con la sangre de Cristo, y te sacrificarás como víctima por amor de Jesús, y unida a su voluntad santísima solo desearás y pedirás: Hágase, Señor, en mí tu voluntad así en la tierra como en el cielo, y gustarás en tu alma la felicidad perfecta de los hijos de Dios.

Afectos. ¡Oh Jesús mío! Paciente eres Tú porque eres eterno. Y yo para animarme a padecer no necesito otra razón que el verte clavado en cruz... ¿Cómo yo, vil esclavo pecador, puedo desear vivir sin cruz viendo a mi Dios y Señor clavado en ella? ¿Cómo puedo desear vivir sin herida viendo a mi Dios y Señor hecho una llaga de pies a cabeza? ¡Oh Señor mío Jesucristo! Cosa es monstruosa que viva un miembro delicado y sin pena, formando parte de un cuerpo todo llagado, y de una cabeza toda espinada. No os quiero pedir ni cruz ni trabajos, ni tampoco que no me los deis, o quitéis los que ya tengo. Prefiero deciros con vuestra enamorada esposa Teresa: “¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisieredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pedirros cosa ordenada por mi deseo? En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque si os pido que me libréis de un trabajo, y en aquel está el fin de mi mortificación, ¿qué es lo que pido, Dios mío? Si os suplico me lo deis, no conviene por ventura a mi paciencia, que aún está flaca y no puede sufrir el

golpe: si con ella lo paso y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y haceislo Vos todo, mi Dios... No pues, mi Dios, no más confianza en cosa que yo pueda querer para mí: quered Vos de mí lo que quisiéredes, que eso quiero yo, pues está todo mi bien en contentaros. No me desampares, Señor, porque en Ti espero; no sea confundida mi esperanza: sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres". Amén.

Jaculatoria. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. Él viva y me dé vida; Él reine y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad.

Obsequio. Al tener que sufrir alguna cosa diré de corazón: Todo por Jesús.

EJEMPLO

Lecciones del Sagrado Corazón.

Santa Liduína, en el principio de sus gravísimas enfermedades, se mostraba no menos débil en el cuerpo que en tolerar sus penas.

Fue por divina disposición, a visitarla un gran siervo de Dios, llamado Juan Por, y hallándola no del todo resignada en la tolerancia de sus males, la exhortó a meditar a menudo la dolorosa Pasión del Redentor para animarse a padecer con su memoria. Le prometió que lo haría la afligida enferma. ¿Pero qué? Pensando en los dolores de Cristo no hallaba pasto alguno ni consuelo. Por lo cual tornó como antes a los lamentos y a las quejas. Visitándola nuevamente dicho Juan le preguntó cómo se había ejercitado aquel tiempo en la memoria de la Pasión de Cristo, y qué provecho había sacado. Respondió la enferma: "Padre, el consejo que me había dado es muy bueno; pero la acerbidad de mis dolores no permite que reciba alivio alguno en la meditación de los tormentos que el Redentor sufrió por nosotros". Con todo esto, tornó el siervo de Dios a inculcarle este devoto ejercicio como remedio particular para sus grandes males, y esta vez su consejo surtió algún efecto. Mas porque no veía aún el hombre celoso todo aquel provecho que en ella deseaba, que era necesario para su perfección, tomó otra resolución. Volvió a visitarla trayéndole, como a persona enferma e impedida de ir a la iglesia, la Santísima Eucaristía; y después de haberla comulgado, le dijo estas palabras; "Hasta ahora te he exhortado yo a una memoria continua de la Pasión del Redentor como medicina proporcionada a tus males: ahora te exhorta el mismo Jesucristo en persona". ¡Cosa verdaderamente maravillosa! Apenas hubo recibido Liduína la sagrada partícula, cuando se le encendió en el corazón un sentimiento tan vivo de los dolores de Cristo, y un deseo tan ardiente de imitarle en sus penas, que prorrumpió en deshecho llanto, y prosiguió en él desde entonces por espacio de quince días continuos, sin poder refrenar jamás las lágrimas. Después le quedaron tal altamente impresos los tormentos de su Señor, que siempre, de día y de noche, los tenía delante, y le daban grande ánimo y esfuerzo para padecer por quien había tolerado tan malos tratamientos por ella.

Oración final.

DIA SEXTO

Se empieza como cada día.

Amistad del Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Jesús que te dice: Amigo mío, ¿me amas más que todos?

Petición. Dame, Jesús mío, vivir y morir en tu amistad y gracia.

Punto primero. Todas las palabras que salieron del Corazón de Cristo son de sumo aliento y consuelo para los mortales; pero una de las verdades más consoladoras para nosotros pobres pecadores, es sin duda el oír a Jesús llamarnos amigos. Ya no os llamaré siervos, decía a sus apóstoles, porque el siervo no sabe las cosas de su Señor; mas a vosotros os dije amigos, porque os he hecho saber todas las cosas de mi Padre celestial. Y cuando después de resucitado dioles por las devotas mujeres el anuncio de su gloriosa Resurrección, les encarga que les diga: *A sus amigos y a Pedro...* Y antes de subirse a los cielos aun les llama hermanos cuando les dice: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”. Y hasta ¡oh colmo de la caridad del Corazón de Cristo! Hasta el discípulo traidor, Judas, al momento de darle un beso pérfido para entregarle a sus enemigos encarnizados, oye esta palabra de la boca celestial de Cristo al juntarla con la negra boca del traidor: “Amigo, ¿a qué has venido?” Ahora bien, alma cristiana, si según frase de la sagrada Escritura, hallar un amigo es hallar un tesoro de vida y de inmortalidad, ¿cuán consolada, alentada y confortada no debes estar al saber que el Corazón de Jesús es para ti un Corazón de amigo y de amigo verdadero, el mejor, el único que nunca te puede faltar? “Todas las cosas faltan, decía con profunda verdad la enamorada esposa vuestra, Teresa de Jesús, todas las cosas faltan; mas Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis, y menos a quien os sirve”. Pondera otrosí, que este amigo, el Corazón de Jesús, puede no solo aumentar tus gozos y disminuir tus pesares comunicándolos con los de su Corazón, sino que jamás se te morirá, siempre sentirás los efectos saludables de su fina amistad. Si estás tentada, en peligro, tu amigo Jesús te ofrece su Corazón para refugio y fortaleza: si triste, afligida, te ofrece su Corazón para consuelo: si estás enferma, si agonizas, si mueres, Él te ofrece su Corazón para salud, dulzura, gloria e inmortalidad. Todo lo hallarás en el Corazón de este fiel amigo, que no necesita de ti ni de tus intereses ni servicios, si no es para hacerte feliz o aumentar tu felicidad temporal y eterna. ¿Cómo, pues, alma mía, vas mendigando amores, caricias y amistades de las criaturas, si todas son falsas y mudables, pues lo es su fundamento?

Únete bien a este Corazón de Jesús, tu único, constante y verdadero amigo, que hallarás en Él cuanto necesites para tu felicidad. ¿No estás aún desengañada? Enmiéndate y sé feliz, amando y confiando en tu único amigo Jesús.

Punto segundo. ¡Oh Jesús, amigo mío único y verdadero! ¡Y qué mal os paga el que os es traidor e ingrato! Mas estas dos feas notas tengo yo en mi corazón, que ha pecado contra Vos: traidor e ingrato. ¡Y aun me llamáis amigo, y me tornáis a convidar con vuestra amistad! ¡Es posible, Señor mío y Dios mío!, ¿tan pronto os olvidáis de mis ofensas e ingratitudes? ¿Qué ha sido mi vida pecadora sino un tejido continuo, no interrumpido, de perfidias e ingratitudes? ¿Y qué ha sido vuestra vida para mí sino una vida de verdadero amigo, que se esmera en prodigar muestras de cariño y amistad a medida que se ve peor correspondido? He andado buscando un corazón amigo a quien contar todas mis alegrías y pesares, para que, al verme correspondido, se aumentase mi gozo y se mitigase mi dolor. Mas ahora por experiencia conozco que nadie es ni puede ser verdadero amigo más que Vos, porque todos mis amigos, todas las criaturas, con la muerte me han de faltar, aunque no me faltasen en vida, y no pueden hacerme

feliz. Solo Vos, Jesús mío, me amáis de veras, y no me podéis olvidar. ¿Qué son si no esas llagas en pies y manos y costado, Jesús mío, que registro en vuestro cuerpo glorioso? ¿Por qué las conserváis? ¿Por ventura su vista desapacible no es capaz de enturbiar vuestro perfecto gozo en la gloria, pues os las abrieron los hombres enemigos, ingratos y pérfidos?... Es verdad, alma cristiana, que Yo recibí estas heridas en la casa de los que me amaban, y las conservo porque en ellas traigo escrito con caracteres de sangre, que no se pueden borrar, tu nombre de amiga de mi corazón. No importa que tú me olvides, que me ofendas. De hijos es errar; de Padre, de amigos el perdonar. Yo te perdono porque te amo. Ámame, pues tú a Mí, y serás perdonada, y recobrarás otra vez mi gracia y amistad... ¡Oh Corazón de mi amado Jesús! ¡Corazón de amigo verdadero!, ¡y qué mal os he pagado en seros infiel e ingrato! Mas ya me arrepiento y os pido perdón, y prometo con vuestra ayuda no romper jamás vuestra amistad. Ayudadme contra mi inconstancia y flaqueza. Sírvate yo siempre, Amigo mío y Amado mío, y haz de mí, tu amigo reconocido, lo que quisieres. Amén.

Afectos. ¡Oh Corazón de Jesús, todo bondad, todo misericordia y clemencia para los pobres pecadores! ¡Oh Corazón amabilísimo y amante sobre todos los corazones! ¡Qué desgraciado he sido durante el tiempo que no os he amado! ¡Quisiera no se contase en mi vida, porque así no os hubiera disgustado! Mas ¡qué prisa me he dado en ofenderos! ¡Y cómo Vos os la habéis dado mayor a perdonarme! Esto es lo que me anima ahora, Señor, que deseo y busco y quiero y pido vuestra amistad, porque considerando vuestra bondad cuando huía de Vos, ¿cuánto mayor la mostraréis ahora que recurro y retorno a Vos? No os deje yo jamás, mi Dios y amigo; no deje de gozar de tanta hermosura en paz; no pierda ya jamás joya tan preciosa. Yo confieso, Jesús, amigo mío, que he guardado mal esta amistad, y la he sabido poco apreciar y agradecer; mas aún hay remedio, Señor, mientras vivimos en este destierro. Quiero esforzarme en vuestro servicio y amistad, pues sé que en pesándome de haberos ofendido, no os acordaréis más de mis culpas y maldades. ¡Oh piedad tan sin medida! ¿Qué más puedo querer, Señor mío? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos dais, Señor piadoso y Dios mío. Pues queréis amistades, ¿quién las negará a quien no negó derramar toda su sangre y perder la vida por mí? ¡Oh Jesús, amigo verdadero! Ya que he de vivir, quiero vivir solo para Vos, para morir con Vos y reinar en vuestra gloria eternamente. Amén.

Jaculatoria. No se rompa nunca por el pecado nuestra amistad, Jesús mío.

Obsequio. Propongo, Jesús mío, antes morir que perder vuestra amistad.

EJEMPLO

Amor de Dios.

Un día en que santa Margarita de Cortona había recibido el Cuerpo del Señor con sentimientos de humildad y temor, díjole el Salvador: “Hija mía, ¿me amas?” Y ella respondió: “No solamente os amo, sino que desearía estar dentro de vuestro Corazón”. Y el Salvador: “¿Por qué queriendo estar dentro de mi Corazón, no me ruegas te deje entrar en la llaga del costado?” Respondió Margarita: “Oh Señor mío Jesucristo, si yo estuviese en vuestro Corazón, estaría en la llaga de vuestro costado, en las de vuestras manos taladradas por los clavos, en la corona de espinas, en la hiel y vinagre, y en el velo con que fueron cubiertos vuestros divinos ojos”. El Señor le dijo de nuevo: “Hija mía, ¿me amas?” Margarita respondió:

“¡No, Señor mío!. -¿Cuándo me amarás? – Os amaré cuando en mi corazón sintiere tan cruel y vivamente las penas que sufristeis por mí, que pueda juntar las manos para morir”. Preguntole el Señor por tercera vez: “¿Me amas?” Y Margarita respondió: “Si os amase os seguiría. Creo que nunca criatura alguna os ha amado tanto como merecéis. –Dices verdad. –Yo quisiera amaros y, si posible fuese, hacer más que amaros, tanto deseo tengo de vuestro amor”.

Oración final.

DIA SÉPTIMO

Se empieza como cada día.

Delicadezas del Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Jesús que está en pie a la puerta de tu corazón y te pide permiso para entrar en él.

Petición. Dame, Jesús mío, un corazón delicado por amor como el tuyo.

Punto primero. Una de las lecciones que sin duda más bien ha de hacer a nuestras almas, es el considerar atentamente las delicadezas del Corazón de Cristo Jesús para con nosotros. Si hubo persona alguna que tuviese perfecto derecho de eximirse de estas atenciones, es sin duda el Corazón de Jesús, porque siendo Dios y hombre verdadero, que nos ha criado, redimido de la esclavitud de Satanás y comprado con su sangre, podía prescindir de todo esto y entrar a mandar en nuestros corazones de un modo absoluto, soberano, irrecusable. No obstante, nadie ha usado ni usa de mayores y de más delicadezas que el buen Jesús. A pesar de su dominio absoluto, no manda al hombre, sino solicita, ruega, insta, pide su amor. “Yo estoy a la puerta de tu corazón y llamo. Dame, hijo mío, tu corazón. Ábreme, repite, hermana mía, esposa mía, hermosa mía, paloma mía, querida mía”, y parece va amontonando todos los títulos más delicados para movernos a aceptar esta su invitación amorosa, y petición suavísima. Dame, hijo mío, tu corazón. Y si como la esposa de los Cantares, le hacemos esperar, espera un día y otro día, un año y otro año, con paciencia inalterable, sin quejas ni desconfianza, y luego que se le abre entra y olvida todas las desatenciones, todos los descomedimientos, todos los desdenes y hasta los desprecios, recordando tan solo como buen Padre y buen Pastor que ha recobrado a su hijo pródigo, una ovejita que contaba perdida por sus esquivances y falta de atención.

¡Oh qué misterio de la gracia es este tan grande, tan profundo! Que a pesar de que no podemos hacer cosa buena sin la gracia de Dios, no obstante ha dejado al hombre este mismo Dios la facultad, la libertad de dejarle, de no corresponderle, de desairarle. Y esto a pesar de ser el Creador, dador y conservador de esa libertad. Podemos resistir a la gracia, desairar la bondad de Dios, despreciar sus invitaciones, desatender las delicadezas de su Corazón adorable con nuestras groserías y libertad, y no podemos salvarnos sin corresponder a la invitación de su gracia. Por eso dicen los Libros Sagrados, que con *grande reverencia* nos dispone el Señor, y pone ante el hombre la vida y la muerte, y lo que le pluguiere eso se le dará. Esto nos mostró Cristo en su vida cuando *rogaba* a Pedro apartase de la ribera la barca en alta mar, para predicar a las

turbas, y cuando decía a todos: Si *quieres* ser perfecto, ve y vende lo que tienes. Si *quieres* entrar en la vida, guarda los mandamientos. ¡Oh delicadezas del Corazón de Cristo! ¿Quién no las ha experimentado en sí? ¿Quién no ha sentido tu mano blanda, tu cauterio suave, los ardores de tu llama viva, tu toque delicado que a vida eterna sabe? ¿Quién no ha oído tu silbo de Pastor amoroso unas veces, terrible otras, pero siempre suave y delicado, con que nos convidas a tu amor, a convertirnos a Ti?... Yo sí las he oído y he experimentado estas delicadezas de tu Corazón en el fondo de mi alma, oh buen Jesús, y por esto te ruego me hagas la gracia de corresponder fielmente a ellas mejor que hasta aquí, y crees y halles en mí un corazón lleno de delicadeza y de susceptibilidad santamente exquisita por todos tus intereses, por todo lo que concierne a Ti. Amén.

Punto segundo. Esta delicadeza de Jesús te enseña, alma cristiana, cuán delicado, atento y cortés debes ser con tu Dios y Señor y con tus prójimos. Verdaderamente que el ejemplo de Jesús tiene una fuerza decisiva en este punto. Mírale cómo habla de su Padre, y cómo ora al Padre, y cómo siempre procura contentarle en todo y por todo. Mírale rodeado de pobres, toscos, rudos e ignorantes pescadores; de pueblo, de niños, de enfermos y pecadores. A los primeros escoge por sus discípulos, amigos y allegados más íntimos, por compañeros inseparables en su vida pública. Hubiera podido escoger Jesús, pues en su mano estaba, personas cultas, sabias o a lo menos de finos modales, que no hacen tan pesada la vida social. Mas no quiso, para darnos ejemplo. Tan grande era la rudeza de sus discípulos, que a pesar de la inmensa paciencia de Cristo, hubo de decirles y exhalar esta queja su delicado Corazón: “¿También vosotros sois gente sin entendimiento?, ¿hasta cuándo os he de sufrir?”. No obstante, les explicaba y repetía las cosas, no les abandonó jamás, les proveyó en todas sus necesidades, y ellos le abandonaron al verlo preso en manos de sus enemigos. El buen Jesús a nadie hizo mal, ni fue molesto, y pasó por el mundo derramando bienes a todos.

Aprende, alma cristiana, de este ejemplo el modo de portarte con tu prójimo con atención, con finura, con delicadeza. Va la madre de los hijos de Zebedeo a pedirle un exorbitante favor para sus hijos, movida por las instancias de éstos y por su amor de madre. No podía concedérselo Jesús, y para dar la negativa no se dirige a ella, sino a sus hijos. En Caná de Galilea anticipa su hora de hacer milagros para no desairar la súplica atenta de su buena Madre María y para evitar a los desposados el sonrojo de que se notase la falta del vino en lo mejor del convite. Le convidan los que tiene poca fe, que vaya a su casa para hacerles algún favor o milagro, y Jesús no se resiste; va luego. A los que tienen más fe, como el Centurión, y solo le piden que diga una palabra para curar al enfermo, Jesús la dice, y es curado. Los judíos le recomiendan y animan a que vaya a hacer un favor a un gentil, porque, le dicen, ama a nuestra gente y nos ha edificado una sinagoga, y Jesús, movido de estas razones, va y hace el beneficio. A veces se anticipa a las súplicas y satisface los deseos secretos del corazón como en Zaqueo, pues Él mismo se invita a comer en su casa y le llena de favores.

A los apóstoles, hombres materiales, procura que nada les falte de lo necesario, y aunque algunas veces padecen estrecheces, otras condescendiendo con su flaqueza y condición, les convida a espléndidos banquetes. Si ha de celebrar la Pascua, y no tiene casa ni cabalgadura, envía a sus discípulos para que rueguen al amo de la casa les deje

el salón, y al del jumento el pollino. Nunca acabaríamos, y sería preciso relatar toda la vida de Cristo para ver en toda ella siempre su delicadeza exquisita en su trato. ¡Claro está! Como Jesús amaba al prójimo con verdad, era todo verdad, dulce en su trato. ¿Somos así nosotros? ¡Oh cuánto, cuánto tenemos que aprender del Corazón de Jesús su delicadeza en este punto! Hacemos la piedad huraña, la virtud odiosa, porque no amamos al prójimo de todas veras como Jesús. Pidamos a tan delicado y amante Corazón que nos enseñe a tratar a nuestro prójimo como Él lo trató, como nos trata a nosotros, y no solo viviremos felices, sino que atraeremos miles de corazones al amor de tan deífico Corazón. ¡Oh Jesús mío! dame un corazón como el tuyo.

Afectos. En vista de las delicadezas de tu Corazón, de las finezas de tu amor para conmigo, oh Señor mío amabilísimo Jesucristo, una gracia vengo a pedirte en este día y no me la has de negar, pues conmigo y para mí, y antes para sí, te la pidió mi Madre santa Teresa y se la concediste. Oye, pues, una vez más a tu siervo que habla por boca de tu regalada y delicadísima esposa Teresa de Jesús: “¡Oh esperanza mía, y Padre mío, y mi Criador, y mi verdadero Señor y hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¡Qué palabras éstas para no desconfiar ningún pecador! ¿Fáltaos, Señor, por ventura con quien os deleitéis, y buscáis un gusanillo de tan mal olor como yo? ¡Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno! ¡Oh quién se viese ya muerto de sus manos y arrojado en este divino infierno, de dónde ya no esperase poder salir, o por mejor decir, no temiese verse fuera! Mas, ¡ay de mí, Señor, que mientras dura esta vida temporal corre peligro la eterna! ¡Oh libre albedrío tan esclavo de tu libertad, si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh cuándo será aquel dichoso día en que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma Verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser; porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios! Proveed pues Vos, Señor, por vuestra providencia, los medios necesarios para que mi alma os sirva más a vuestro gusto que al suyo. No me castigéis en darme lo que yo quiero y deseo, si vuestro amor, que en mí viva siempre, no lo deseare. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. Él viva y me dé vida, Él reine y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. No me desampares, Señor, porque en Ti espero; no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres. Amén.

Jaculatoria. Ya toda me entregué y di;- y de tal suerte he trocado, - que mi Amado es para mí, - y yo para mi Amado.

Obsequio. Hagamos este concierto con su Divina Majestad: Mi Amado para mí y yo para mi Amado, y mire Él por mis cosas y yo por las suyas.

EJEMPLO

La medianera del Corazón de Jesús.

En el momento en que se entonaba la *Salve Regina*, un alma devota y amante de la Reina del cielo le dijo: “¡Oh, quién me diera tener bajo mi imperio los corazones de todas las criaturas, a fin de que os saludasen con un perfecto amor y con todas sus fuerzas!”. Y la Virgen le respondió: “Acude al Corazón de mi divino Hijo, que encierra en sí a todas las criaturas; aquí podrás saludarme como conviene”. El

alma rogó entonces por una persona, suplicando a María que la amparase y protegiese en el último trance. Contestola la Virgen, llena de bondad: “Exhórtala a rogarme por aquel amor con que mi alma voló a Dios, perdiéndose en su divino Corazón como la centella que se reúne con el fuego. De este modo su alma quedará tan abrasada de amor, que en la hora de la muerte, libre de todos los obstáculos, tendrá la dicha de elevarse como ligera pluma. A ella y a todos los que así me honraren de este modo, prometo asistirles con mi poderosa protección en la hora de la muerte”. No olvidemos tan hermosa lección.

Oración final.

DIA OCTAVO

Se empieza como cada día.

Unión con el Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Jesús que te muestra su Corazón y te dice: Ven a Mí, que soy tu Esposo.

Petición. ¡Jesús mío! Haced que no ame ni codicie más que vuestro amor.

Punto primero. El buen Jesús no solo se complace en llamarse Padre nuestro para movernos a amor filial, y Amigo nuestro para movernos a amor de confianza, sino que se llama también Esposo de nuestras almas para movernos a su amor íntimo, inseparable. El hombre deja a su padre y madre, a sus amigos y más amados para unirse a su esposa y ser como dos almas en un solo cuerpo. Jesucristo, pues, para expresar su amor al alma, y la unión íntima que quiere tener por gracia y amor con ella, llámase su Esposo. “Yo te desposaré conmigo en fe para siempre, dice por el profeta”, y en el libro de los Cantares no se sacia de repetirse Esposo del alma, porque verdaderamente es la unión por amor con ella tan perfecta, que más ya no se puede desear en este destierro y es cuando el alma llega a la unión espiritual. Nuestros doctores místicos santa Teresa de Jesús y su hijo espiritual san Juan de la Cruz, nos explican este estado del alma que mueve a devoción y admiración al ver a Dios tan casero, tan humano, tan comunicativo con los gusanillos de esta tierra, y si no fuera por la experiencia visible, pues lo leemos en tantas almas, tan grandes mercedes y caricias y regalos amorosos de un Dios a sus criaturas, casi no se podría creer tan celestial enamoramiento. Porque ora es el discípulo amado, a quien permite recostar la cabeza sobre su divino pecho en la última cena; ora es una Gertrudis, con la cual conversa como un amigo con su amigo, o un esposo con su esposa, y llega hasta decirle, que si le buscan, le hallarán en el corazón de Gertrudis, porque su alma está enamorada de ella. Otras veces es un Bernardo, o santa Catalina de Siena, o san Miguel de los Santos, con quienes permuta el Corazón. Otras es una Magdalena de Pazzis, una Matilde, una Lutgarda con quienes comunica sus secretos, y les abre su Corazón para morar en Él. Otras, en fin, pues sería nunca acabar, como a Teresa de Jesús, le traspasa de parte a parte el corazón, para que pueda vivir, respirar mejor su amor comprimido, y le entrega una cruz, un anillo y un clavo de su mano, nombrándola celadora de su honra, después de haberle dado todos sus méritos para que negociase con ellos como con cosa propia. Siempre se ve a este Esposo de las almas enamorado

de ellas. Ya les consuela en sus penas, ya les alimenta en sus desganas, ya las esfuerza en sus combates, ya en fin las acaricia y regala con tanta fuerza y amor que se ven forzados a exclamar: ¡Oh Señor, o ensanchad mi bajeza o poned tasa a tantas caricias, porque desfallezco de amor; que muero porque no muero!... ¡Oh Jesús, Esposo de las almas! Desposaos con la mía aunque pecadora; pues aunque no merezco estas caricias y mercedes, no me privéis de vuestro divino amor.

Punto segundo. Mas no paran aquí aún, alma cristiana, las caricias y mercedes de este celestial Esposo enamorado de las almas. Aún hay otra más grande que la da a todos sin distinción, aunque a todos no se descubra y haga sentir con igual gracia y les dé a gustar su dulzura en igual grado, y esta es la participación del Sacramento augusto del altar, porque allí no solo da este Esposo al alma su esposa sus joyas y sus riquezas, sus caricias y regalos, y sus dones y mercedes, sino que se da a sí mismo, y no de cualquier modo, sino del modo más ingenioso, más completo, más íntimo, porque se nos da en alimento. Como Dios vio que el hombre se perdió por querer hacerse Dios desordenadamente, y que le había quedado este apetito de hacerse Dios; como Dios ama tanto al hombre y está tan enamorado de él, loco de amor por él; Dios se hizo hombre, para hacer al hombre Dios, como dice san Agustín, y como eso es imposible por naturaleza, quiso hacerlo por gracia: primero uniendo la naturaleza humana hipostáticamente al Verbo, quedando hecho Dios y Hombre verdadero; y segundo, como esto no le bastaba a su amor, pues solo era una naturaleza hizo este milagro máximo de su amor de convertirse en pan, en alimento del hombre, y dársele a cada uno real y sustancialmente, haciendo con él la unión más íntima en lo criado, que es la del alimento con la persona que lo toma. No que Dios se mude en nosotros, como advertía al enamorado y grande san Agustín, sino que nosotros nos mudamos en Él comiéndole. Y así somos copartícipes con la naturaleza divina, semejantes a Dios, otros dioses sobre la tierra, sobre todo mientras duran las especies sacramentales en nuestro pecho. Este es el milagro de los milagros, la unión de las uniones después de la hipostática, este es el colmo de las invenciones ingeniosas de su enamorado Corazón. Por medio de la Sagrada Comunión junta Jesús, y pega y une su alma a nuestra alma, su Corazón a nuestro corazón, su divinidad a nuestra naturaleza, con todos y cada uno de nosotros que lo queramos recibir. ¡Oh vínculo de unidad! ¡Oh signo de caridad! ¡Oh amor de comunidad! ¿Quién se atreviera a deseirlo, ni a pedirlo ni aun a soñarlo ni pretenderlo, este milagro de unión con Dios, si Él no lo hubiese dicho y hecho: “Tomad y comed, este es mi Cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre”? ¡Oh buen Jesús! Comulgando agotamos las riquezas de tu infinito poder y amor, pues nada más te queda ni cosa mejor para darnos, porque te das a Ti mismo, dador de todo bien. Comulgando, ninguna caricia ni regalo mayor podemos pretender de Ti, porque gustamos tu celestial dulzura en la misma fuente con la mayor largueza que podemos desear. ¡Bendita sea tu infinita bondad, ternura y amor! Haz, Jesús mío, que no desee más que a Ti, ni guste las caricias más que de Ti y séanme todas las criaturas y sus deleites despreciables por amor a Ti, oh Jesús mío, Esposo mío de mi alma y todas las cosas para mí. Amén.

Afectos. ¡Oh piadoso y amoroso Corazón de Jesús! ¡Oh Señor de mi alma! Vos decís: “Venid a Mí todos los que tenéis sed, que yo os daré de beber”. Pues ¡cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias de estas

cosas miserables! Hay grandísima necesidad de esta agua para que no se acabe de consumir. ¡Oh Vida dulcísima, que la dais a todos! No me neguéis, a mi alma sedienta de caricias y amores, esta agua dulcísima que prometéis a los que la quieren. ¡Yo la quiero, Señor, y la pido, y vengo a Vos, fuente de todo consuelo! No os escondáis, Señor, de mí pues sabéis mi necesidad, y que solo Vos sois la verdadera y única medicina del alma llagada por Vos. ¡Oh Jesús de mi corazón! Y ¡qué de maneras de fuegos hay en esta vida! ¡Oh con cuánta razón se ha de vivir con temor! Unos consumen el alma, otros la purifican, para que viva siempre gozando de Vos. ¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios! ¡Oh Corazón llagado de mi Salvador! Embriagadme con este celestial licor, para que me sepan asco y fastidio a mi alma todas las cosas que no seáis Vos. Amén.

Jaculatoria. ¡Jesús mío y todas mis cosas!

Obsequio. Desapegaré el corazón de todas las criaturas para descansar en el Corazón de Jesús.

EJEMPLO

Compasión del Corazón de Jesús.

Se cuenta de la gran sierva de Dios Ana de san Bartolomé, que encontrándose un día muy afligida por la persecución que sufría su predilecta Madre santa Teresa de Jesús a causa de la probación del espíritu de la misma santa, y encomendando el asunto con ardientes lágrimas y gemidos al Señor, levantada en espíritu vio aparecer al Salvador en la misma forma que Pilato lo mostró al pueblo judío, esto es, coronada de espinas su cabeza, las manos atadas, con una soga en el cuello, lívidos sus miembros, y llagado de pies a cabeza, pareciéndole oír las vociferaciones del populacho que gritaba: ¡*Crucifige, crucifige eum!* A estos despiadados gritos y a tan dolorosa representación la venerable Ana desfallecía, mas volvió en sí con estas dulces palabras que le dirigió el Señor: “Mírame bien, hija mía; contéplame por todas partes, y ve si tu aflicción puede compararse con mis penas. A pesar de tantos ultrajes mi Corazón ardía en excesivo amor por ti”. A estas amorosas voces, testificó después la buena religiosa que se sintió inflamada de tanto ardor de caridad, que hubiera sido para ella un consuelo el martirio más cruel que el Señor le hubiere concedido.

Oración final.

DIA NOVENO

Se empieza como cada día.

Los dos frutos más preciosos de la devoción al Corazón de Jesús.

Composición de lugar. Representate a Jesús, que te dice: Si vives por mi amor, morirás de amor.

Petición. Dame, Jesús, vivir y morir de tu amor.

Punto primero. Si la muerte es el eco de la vida, no se puede dudar que el alma amante del Corazón de Jesús, que ha pasado su vida en amarle y desagraviarle, ha de hallar

una muerte feliz en este deífico Corazón. A una vida de amor divino corresponde una muerte de amor de Dios. Este es el mayor beneficio que nos puede proporcionar esta eximia devoción. ¡Oh cuán dulce cosa será el morir para el alma que en vida amó e hizo su morada en el Corazón de Jesús! Será como el viajero que aborda a las playas eternas guiado por el mejor piloto y en el esquife más seguro, para saltar a la tierra de promisión. ¿Qué importa que el esquife se rompa, esto es, que se deshaga este nuestro cuerpo mortal, y se rompan las ataduras con que aprisionaba al alma, si el alma encarcelada ve con esto que se le abren las puertas de la celestial Sión, y entra a formar parte de aquellos felices y libres ciudadanos? Después que Jesús murió por nuestro amor la muerte es preciosa, porque nos abre las puertas del paraíso y nos introduce en el gozo de Nuestro Señor. El lecho del dolor, sea probado con penosa y larga enfermedad del alma y del cuerpo, sea con prolongada agonía, es siempre una misericordia del Corazón de Jesús, nuestro Padre, que purifica, santifica y enriquece de celestiales bienes a sus siervos. Como desea tan buen Padre abrazar a sus hijos queridos de su Corazón que vuelven de tan largo destierro así que pisen los umbrales de la eternidad, abrevia esta hora de prueba o la endulza, haciéndoles exclamar: Jamás pensé ser cosa tan dulce el morir. Es la muerte en verdad un castigo, el estipendio del pecado, pero en manos del buen Jesús y pasando por su Corazón adorable que la santificó y la endulzó, es un regalo de su amor. Mejor que la más cariñosa madre, que procura poner blando el lecho en aquella hora, para mitigar los dolores de su hijo enfermo, el Señor con blanda mano alivia los dolores, que primero Él probó en su muerte de cruz, quitándoles todo el amargor. “¡Oh! ¡Yo deseo ser disuelto y estar con Cristo!, ¡tanto es el bien que espero, que las penas me son deleite! Que muero porque no muero”, y así por el estilo exclaman los amantes del Corazón de Cristo en aquella hora, y se duermen tranquilos en los brazos de la misericordia del buen Jesús en el tiempo, para despertar dentro de su Corazón anegados en un mar de amor y delicias por toda la eternidad. ¡Oh muerte feliz, quién pudiera logarte! ¡Alma mía! Esmérate en ser devota del Corazón de Jesús, y tendrás dulce muerte, pues así lo prometió a su sierva la beata Alacoque.

Punto segundo. ¡Quién pudiera, Jesús mío, merecer como vuestra sierva santa Teresa de Jesús, morir no de la violencia de la enfermedad corporal, sino por la vehemencia intolerable de un amoroso incendio, de una mayor avenida y golpe de vuestro amor! Esta, Señor, es la única gracia que pido a vuestro amoroso Corazón, por premio de todos mis obsequios y trabajos empleados en vuestro servicio y en extender el reinado de vuestro conocimiento y amor por todo el mundo: una vida de amor vuestro cortada, consumida a la postre por un acto intensísimo de vuestro amor, el cual introduzca mi alma toda inflamada a cantar, amar y admirar las delicias de vuestro amor eterno. ¿Qué os cuesta esto, mi Señor y mi Dios? ¿Qué hay imposible al que todo lo puede? A otros siervos vuestros y devotos de vuestro Sagrado Corazón lo concedisteis: yo os lo pido por su intercesión. Ya sé, Jesús mío, que no lo merezco; mas lo merecéis Vos, que moristeis por mí en la cruz. Ya que debo vivir, quiero vivir por solo Vos. Ya que debo morir, quiero morir por solo Vos. La muerte destruirá el muro de mi cuerpo que me impide penetrar en vuestra eterna Sión. Las enfermedades y trabajos son otros tantos golpes que van deshaciendo este muro, para que yo pueda sin cortapisas unirme a Vos, y la muerte da el último golpe que lo derriba enteramente para mostrarme vuestro rostro. Por eso yo quiero ensayarme aquí, Jesús mío, a vivir la

vida que he de vivir en la eternidad. Este mi destierro voy a convertirlo con vuestro amor en una antesala del cielo. Allí os veré, os amaré, os alabaré por toda la eternidad: *Videbimus, amabimus, laudabimus*. Aquí os veré por la fe viviendo vida de fe, avivando mi fe: os amaré con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas; os alabaré noche y día, en las alegrías y pesares, en los dolores y gozos, en salud y enfermedad, porque todo viene de Vos, que me amáis. Yo quiero, pues, Señor, y pido y suplico a vuestro adorable Corazón, que cada día crezcan en tal grado mis afectos de fe viva, alabanza, adoración y amor, que la muerte me sorprenda en tan divino ejercicio, y al trasluzar los albores de la eterna vida cercana, al sentir más de cerca vuestra presencia amorosa, al vislumbrar con más claridad la belleza de vuestro rostro, al oír con más suavidad el timbre de vuestra voz, mi corazón se encienda, se avive, se inflame, se derrita y se consuma y muera de amor que no pueda contener, y sea una ola la más impetuosa de vuestro divino amor la que me arroje en las playas serenas del eterno amor, donde cante anegado en el gozo de vuestro amor soberano eternamente vuestras misericordias. Amén.

Afectos. ¡Oh Jesús mío! Muera mi alma la muerte de los justos. Es verdad que he vivido vida pecadora, y no merezco esta gracia, mas la merecisteis Vos por mí. Por eso quiero vivir vida de fe, vida del justo, para alcanzar su muerte. Quiero daros con toda fidelidad a Vos, Dios mío, lo que es vuestro, esto es, adoración, amor, servicio: adoraros con la más profunda reverencia, amaros con todo mi corazón, serviros con todo ahínco. Quiero amar, respetar y servir a mi prójimo, porque Vos me lo mandáis, y como Vos queréis en todas sus necesidades, dando a cada uno lo que le debo, esto es: respeto y obediencia a mis superiores, condescendencia a mis iguales, benignidad a mis inferiores, y a todos amor como hermanos. Quiero amar, respetar y servir a mi alma y cuerpo como Vos me mandáis y queréis, cumpliendo en todas las cosas vuestra santísima voluntad. Quiero hacer a todos bien y a nadie mal, y hacerlo todo bien por contentaros a Vos, y así Dios mío, una vida pasada toda en vuestro servicio y amor, espero ha de tener por premio el morir de amor para vivir de amor con Vos eternamente en la gloria. ¡Oh Corazón de Jesús, fuente de todas las gracias! Yo reconozco y confieso que sin Vos nada puedo hacer, pero que lo puedo todo con vuestra gracia. Dádmela, pues, copiosísima para ser la primera en conoceros y amaros, siempre, y haceros conocer y amar. Amén.

Jaculatoria. Viva y muera, Jesús mío, abrasado de vuestro amor.

Obsequio. Todo lo haré por amor de mi Jesús y a su mayor honra y gloria.

EJEMPLO

Beneficios del Corazón de Jesús.

La bienaventurada Dorotea, de nacionalidad polaca, consumió su vida en el amor de Jesús y en la adoración a la santa Eucaristía. Levantábase de la cama al amanecer, dirigiendo todos los días sus primeros pasos a la casa del Señor para oír gran número de Misas y hacer la corte a Jesús Sacramentado, de cuya presencia parecía no poderse separar; y no hallando reposo ausente de su amada compañía, pasó de la casa paterna a habitar en una estancia contigua a la iglesia, desde donde por una ventana que correspondía al altar del Santísimo Sacramento, día y noche adoraba a su dulcísimo Esposo y Señor. No pasó sin ser recompensado con singulares beneficios un obsequio tan constante y tan devoto.

Un día, después de haber recibido la Sagrada Comunión, aparecióse Jesús con su divina Madre, dejándole en prenda de su amor, como esposa fiel, sus cinco llagas impresas en las manos, pies y costado: otras muchas veces se le apareció el divino Jesús, y al acercarse los últimos momentos de su vida, y después de haber recibido al Dios de amor como viático, volviósele a aparecer con su santísima Madre por la misma ventana que la sierva de Dios le adoraba continuamente, y confortándola en aquellos supremos instantes, la asistieron en la agonía, volando su alma a los cielos en compañía de Jesús y de María.

Los labios de la difunta, que tantas alabanzas habían cantado a su Dios y Señor, quedaron humedecidos con tan suave y oloroso licor, que a su contacto muchos enfermos recobraban instantáneamente su salud perdida.

Oración final.

EJERCICIO DEL PRIMER VIERNES DE CADA MES

Se empieza como cada día.

Las doce meditaciones del Triduo y Novena que anteceden están hechas además para que con ellas se pueda hacer con fruto el ejercicio del *Primer Viernes* de cada mes. Basta, a este fin, tomar una meditación para cada mes, empezando por la del Triduo, con las oraciones señaladas para el principio y fin del mismo Triduo.

CORONILLA DE DESAGRAVIOS Y ALABANZAS AL CORAZÓN DE JESÚS

V. Domine, labia mea aperies.

R. Et os meum annuntiabit laudem tuam.

V. Deus, in adjutorium meum intende.

R. Domine, ad adjuvandum me festina.

Gloria Patri, etc.

¡Dulcísimo Corazón de Jesús Sacramentado! traspasada nuestra alma de pena y dolor al veros tan injuriado por nuestros pecados, y por todos los del mundo y del infierno, representados por esas señales de llagas, cruz y espinas; consagramos a vuestro amor y desagravio esta Corona de alabanzas. Aceptadla, Jesús mío misericordiosísimo, en

unión de todas las alabanzas con que os han glorificado y actualmente os glorifican los justos del cielo y tierra. Amén.

I.

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados, y por todos los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda Europa.

En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de vuestra Madre María santísima, os consagramos la primera parte de esta Corona con nueve desagravios y alabanzas.

Un coro dice: Viva Jesús. Otro coro responde: Muera el pecado. La persona que dirige prosigue: Sea por siempre alabado. Todos: El Corazón de Jesús Sacramentado. Se repite: Viva Jesús, etcétera, nueve veces.

V. ¡Oh Corazón purísimo! haced os rogamos.

R. Que ninguno viva ni muera en pecado.

II.

¡Oh purísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados, y por todos los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda el Asia. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de los nueve coros de los ángeles, os consagramos la segunda parte de vuestra Corona con nueve desagravios y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

III.

¡Oh santísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados, y por todos los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda el África. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos los santos apóstoles y demás mártires del cielo, os consagramos la tercera parte de vuestra Corona con nueve desagravios y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

IV.

¡Oh amantísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados, y por todos los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda América y Oceanía. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos los santos confesores y santas vírgenes del cielo, os consagramos la cuarta parte de vuestra Corona con nueve desagravios y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

V.

¡Oh suavísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados, y por todos los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los demonios y condenados en el infierno. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos vuestros devotos que hay en el cielo y en la tierra, os consagramos la quinta parte de vuestra Corona con nueve desagravios y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

VI.

¡Oh sacratísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan injuriado por nuestros pecados, y por todos los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden las personas consagradas a Vos. En compensación de ellos, juntando nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos los corazones inocentes, que son vuestras delicias, os consagramos la sexta parte de vuestra Corona con nueve desagravios y alabanzas.

Viva Jesús, etc.

Ofrecimiento

Os adoramos, divino Corazón de Jesús Sacramentado, coronado con la amorosa Corona de estos nuestros desagravios y alabanzas, juntas y unidas con las de todas las criaturas del cielo y tierra. Con esta Corona os proclamamos Rey de todas las criaturas, y vencedor soberano de todos los agravios con que os tienen injuriado. Reinad, Corazón gloriosísimo, y triunfad, así coronado, en todos los corazones, voluntades y afectos de vuestras criaturas, en las cuales y por las cuales queremos y anhelamos con todo el corazón que seáis por siempre glorificado. Amén.

PRECES AL CORAZÓN DE JESÚS

Corazón de Jesús, templo dignísimo del eterno Padre: Inflama mi corazón con el amor divino en que te abrasas.

Corazón de Jesús, injuriado por nuestras ingratitudes: Inflama mi corazón, etc.

Corazón de Jesús, herido con la lanza por nuestros pecados: Inflama mi corazón, etc.

Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo: Inflama mi corazón, etc.

Corazón de Jesús, refugio de los atribulados: Inflama mi corazón, etc.

Corazón de Jesús, amparo y defensa de los que te adoran: Inflama mi corazón, etc.

Corazón de Jesús, delicias de todos los santos: Inflama mi corazón, etc.

Corazón de Jesús, única esperanza en la hora de la muerte: Inflama mi corazón, etc.

Corazón de Jesús, centro de todos los corazones: Inflama mi corazón, etc.

Corazón de Jesús, Rey de nuestra Compañía: Inflama mi corazón, etc.

CULTO PERPETUO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Advertencias

Deseosos de tributar a este Corazón divino continuos obsequios de adoración, gratitud y amor, han inventado algunas almas fervorosas el medio siguiente:

Reúnanse nueve personas la vigilia de cada primer viernes de mes, y sorteando entre sí los nueve oficios que aquí se ponen, procuran, en unión con los nueve coros de los ángeles, desempeñar cada cual el oficio que le ha cabido en suerte, y además:

1º. Comulgar por lo menos una vez al mes.

2º. Hacer cada día una visita a Jesús sacramentado, siquiera con el espíritu, desde su casa.

3º. Dirigir a Dios frecuentes jaculatorias análogas al oficio que tiene, o cuando no la siguiente:

Corazón de mi amable Salvador, haz que arda siempre y crezca en mí tu amor.

4º. Al salir de la iglesia, al acostarse o al cumplir con sus obligaciones, pedir al coro de ángeles con quien haya de unirse, que suplan nuestra falta y hagan la corte a Jesús en nuestro lugar.

Nada de esto obliga bajo pena de pecado alguno, y el que, por hallarse ausente, no hubiese podido asistir al sorteo de los oficios, tome el que sigue al que tenía, y ganará las mismas indulgencias que los demás.

Oficio I. –Promotor

Unido al coro de los *Tronos*, de las *doce* a las *tres* de la tarde.

Pida al eterno Padre que todo el mundo conozca al Sagrado Corazón de su unigénito Hijo, al Espíritu Santo que abraza a todos en las llamas del divino amor, y a la Virgen que interponga con el Hijo su poderosa intercesión.

En la *visita* al Santísimo Sacramento rece cinco veces el *Gloria Patri*.

Virtud. Atraer alguno a la devoción del Corazón de Jesús, o confirmar en ella a los que ya la profesa.

Jaculatoria. ¡Cuándo, Señor, os conocerán y amarán los hombres cual Vos merecéis!

Oficio II. –Reparador

Unido al coro de las *Potestades*, de las *tres* a las *seis* de la tarde.

Pida perdón de las injurias que se hacen a Dios en el Santísimo Sacramento, y procure con Misas, oraciones o comuniones fervorosas, reparar tantos agravios. ¡Ay, Señor, si solo los infieles, los judíos, herejes o impíos os ofendiesen así! Mas ¡ay!, ¡que son tantos cristianos!, ¡he sido yo mismo!

En la *visita* al Santísimo, lea o haga algún acto de desagravio.

Virtud. Exacta observancia de las santas reglas y obligaciones de su estado.

Jaculatoria. ¡Que solo tenga yo este corazón frío para corresponder, Señor, a vuestro amor y resarcir la tibieza de tantos hombres ingratos para con Vos! Abrasádmelo en vuestro amor.

Oficio III. –Adorador

Unido al coro de las *Dominaciones*, desde las *seis* a las *nueve* de la tarde.

Adore a la Santísima Trinidad, deleitándose interiormente en repetir aquel cántico eterno: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos.*

Visite al Santísimo Sacramento en nombre de la familia y conragaciones, pidiendo conceda a los sacerdotes y religiosos fervor en el desempeño de sus obligaciones.

Virtud. Profundo respeto en el templo.

Jaculatoria. Ya que no puedo, Trinidad augusta, adoraros cual Vos merecéis, os ofrezco las adoraciones que os rinden los justos y la Reina de los santos, con las que os rindió Jesucristo en el secreto de su Corazón.

Oficio IV. –Amante

Unido al coro de los *Serafines*, desde las *nueve de la noche hasta las seis* de la mañana.

Al acostarse, vuelto al Santísimo Sacramento entréguele su corazón; pida a los ángeles suplan su ausencia ante el buen Jesús. Haga fervientes actos de amor, considerando cuán amable, cuán amante y cuán poco amado es el Corazón de Jesús.

Virtud. Hacerlo todo por agradar a Dios, y para esto, tener gran exactitud en las cosas pequeñas.

Jaculatoria. Os amo, dulce Jesús mío, ¡quién os hubiese amado siempre!, ¡quién nunca os hubiese ofendido! Dadme la perseverancia y el aumento en vuestro divino amor.

Oficio V. –Discípulo

Unido al coro de los *Querubines*, desde las *seis* a las *nueve* de la mañana.

Entre en este Corazón como en escuela de toda virtud. ¡Ay!, ¡cuán poco se ha aprovechado de las lecciones de tan buen Maestro! Pide a lo menos que ilumine a los presumidos sabios del siglo, para que, conociendo y detestando el error, abracen la verdad.

En la *visita* al Santísimo, ruegue por los que tienen el cargo de enseñar. El himno *Veni, Sancte Spiritus*.

Virtud. Guardar el silencio, no hablando sin necesidad.

Jaculatoria. Aprenda yo, Señor, a ser como Vos, manso y humilde de corazón.

Oficio VI. –Víctima

Unido al coro de las *Virtudes*, desde las *nueve* a las *doce* de la mañana.

En espíritu de sacrificio para aplacar el enojo divino contra los pecadores se ejercitará en actos de penitencia y resignación, uniendo sus penas, trabajos y sacrificios con el que Jesús se ofreció en la cruz y ahora ofrece en los altares para alcanzarnos misericordia.

Una *visita* al Santísimo Sacramento, y en ella rece cinco *Padre nuestros* a este fin.

Virtud. Guarda de los sentidos; mortificar la vista cinco veces.

Jaculatoria. ¡Quién pudiera inmolarsse en las llamas de vuestro divino amor por la salvación de los pecadores! Aceptad, oh Padre eterno, mi sacrificio unido al Corazón de Jesús sacrificado por mí.

Oficio VII. –Esclavo

Unido al coro de los *Arcángeles*, cada hora del día.

Renueve el deseo de vivir y morir esclavo del Señor. ¡Qué regalada servidumbre! ¡Qué sujeción tan gloriosa! ¡Qué yugo tan suave! ¡Qué diferentes son estas cadenas de las que el mundo impone a los suyos! Servir al Corazón de Jesús es reinar.

En la *visita* al Santísimo, ofrezca las obras y rece tres *Padre nuestros* a este Corazón divino para obtener que todos los hombres le estén sujetos.

Virtud. Conformidad con la voluntad de Dios: *cinco actos al día*.

Jaculatoria. Diga con la Virgen santísima: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

Oficio VIII. –Suplicante

Unido al coro de los *Ángeles*, cada hora del día.

Ofrecer al eterno Padre los méritos de este amabilísimo Corazón por cuantos se hallan en alguna necesidad, particularmente por las almas del purgatorio y por los que están agonizando.

En la *visita* al Santísimo Sacramento, pedir a Jesucristo muestra, aun para con los desgraciados, las entrañas de compasión que tenía en su vida mortal.

Virtud. Cinco actos de caridad al prójimo, cada día.

Jaculatoria. Amable Jesús mío, pues cifrabais toda vuestra gloria en hacer bien, consolad a los afligidos y socorred a los necesitados.

Oficio IX. –Celador

Unido al coro de los *Principados*, cada hora del día.

Excitar en sí vivos deseos de que sea de todos conocido, amado y alabado el Corazón de Jesús. ¡Ay!, ¡cuántos infieles, judíos, herejes y malos cristianos existen todavía!, ¡cuántas almas redimidas con la Sangre de Dios se pierden todavía!

En la *visita* al Santísimo, pedir a Jesús la conversión de tantos infelices. Pedírselo al corazón purísimo de María, refugio de los pecadores. Nueve veces el *Gloria Patri*.

Virtud. Atender con santas conversaciones a la santificación del prójimo.

Jaculatoria. ¡Oh Corazón, el más amado y amante de los hombres! ¿Cuándo seréis amado de todos con perfecto amor?

PRECES A LOS SANTOS ÁNGELES

Jesucristo, Rey de todos los ángeles, tened piedad de nosotros.

Santa María, Reina de los ángeles, rogad por nosotros.

San Miguel, príncipe de la milicia celestial, ruega por nosotros.

San Gabriel, anunciador de la Encarnación del Verbo, ruega por nosotros.

San Rafael, guía de los caminantes, ruega por nosotros.

Serafines, príncipes del puro amor de Dios, rogad por nosotros.

Querubines, príncipes de la verdadera ciencia, rogad, etc.

Tronos, príncipes de la paz, rogad, etc.

Dominaciones, mensajeros de la voluntad de Dios, rogad, etc.

Virtudes, guías de nuestras almas, rogad, etc.

Potestades, fortaleza contra los demonios, rogad, etc.

Principados, gobernadores de los corazones, rogad, etc.

Arcángeles, ministros de las órdenes de Dios, rogad, etc.

Ángeles, custodios de nuestras almas, rogad por nosotros.

Rogad por nosotros, santos ángeles del cielo.

Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Oración

Dios mío, que con orden admirable dispensas los ministerios de los ángeles y de los hombres, concédenos que nuestra vida sea protegida en la tierra por los que te sirven y te adoran en el cielo. Amén.

COMPASIÓN CON JESÚS

¡Pobre Jesús! ¡Quién piensa en Vos!, ¡quién os ama y adora, os visita y consuela en las largas horas que solitario os halláis en ese Tabernáculo!

Se repite: ¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! El amor a los hombres os tiene cautivo en esa cárcel estrecha del Sagrario; mas ¡pobre Jesús!, ¡los hombres no se acuerdan de Vos!, ¡os dejan solo!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Vivís en el Sacramento de amor para interceder por los hombres, y ¡pobre Jesús!, ¡los hombres os olvidan, os ofenden, os desprecian, os insultan!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Mendigo ilustre de amores, buscáis corazones que os amen, pedís una limosnita de amor; y ¡pobre Jesús!, ¡no os la damos!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Solitario, como huérfano desvalido, buscáis quien os consuele y os acompañe; y ¡pobre Jesús!, ¡apenas halláis un amigo que endulce ese abandono, esa soledad!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Vos habéis hecho por salvar al mundo, por salvar nuestras almas, cuanto se puede exigir al corazón más enamorado y generoso; y ¡pobre Jesús!, ¡los hombres no os corresponden más que con desvíos, desdenes, desprecios!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Naciendo os habéis dado por compañero del hombre; en la Comunión, en alimento; muriendo, en precio y reinando, os nos dais en premio; y ¡pobre Jesús!, ¡ni se acepta vuestra compañía, ni gusta ese alimento, ni se aprecia vuestro precio, ni se quiere vuestro reino!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Como pordiosero importuno bajáis del cielo y llamáis de continuo a las puertas de nuestro corazón para que os demos entrada. *Yo estoy a la puerta y llamo*, clamáis: *ábreme, hermana mía, amiga mía, esposa mía*; y ¡pobre Jesús!, ¡nadie os abre, y del rocío de la noche está llena vuestra cabeza, y del relente vuestros cabellos; volvéis a llamar y esperáis, y volvéis a esperar y nadie os responde!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Las raposas infernales tienen sus madrigueras, y las aves de rapiña que arrebatan las almas a la muerte eterna tienen sus nidos; mas ¡pobre Jesús! ¡Vos solo, pastor celestial de las almas, no tenéis dónde reclinar la cabeza!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Aun las mismas bestias más feroces descubren sus pechos y dan de mamar a sus cachorrillos; pero ¡pobre Jesús!, ¡la hija de vuestro corazón imita ingrata al avestruz del desierto, y os abandona en vuestra orfandad y desamparo!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Todos tienen amigos compasivos que los consuelan en sus penas y los ayudan en sus necesidades; mas ¡pobre Jesús!, ¡solo vos halláis en vuestros amigos y allegados traidores pérfidos que con un beso os venden, por un qué dirán os entregan villanamente a vuestros enemigos!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Crece la infernal gritería de los que os ultrajan y os blasfeman; los hijos de las tinieblas quieren tornaros a la cruz y no cesan de agraviaros; y ¡pobre Jesús!, ¡no halláis un átomo de consuelo, una lágrima de arrepentimiento, un suspiro de amor, un corazón que corresponda dignamente a vuestros designios, os desagравie y tenga celo ardoroso de vuestra gloria!

¡Pobre Jesús, pobre Jesús!

¡Pobre Jesús! Mas ¡ay de mí!, ¡pobres de nosotros pecadores!, ¡pobres de los corazones que no os aman!, ¡pobre de mí, que tantas veces os ofendí!

¡Oh buen Jesús! apiadaos de los pobrecitos pecadores, de mi pobrecita alma que tantas veces ha pecado contra Vos... ¡Ay de mí!

¡Pobrecitos pecadores!, ¡pobre de mí que tantas veces os ofendí!, ¡oh buen Jesús! Acordaos de lo que nos ha sucedido al apartarnos de Vos: nuestros esclavos se han enseñoreado de nosotros; extinguióse la alegría de nuestro corazón; convertido se han en luto nuestros regocijos; han caído de nuestras cabezas las guirnaldas. ¡Ay de nosotros que hemos pecado contra Vos! ¡Ay de mí, que tantas veces os ofendí!

¡Oh buen Jesús, apiadaos de los pobrecitos pecadores! ¡Apiadaos del más pobrecito de todos, que con tanta malicia tantas veces os ofendí!... ¡Ay de mí!, ¡pobrecitos pecadores!, ¡pobre de mí!

ACTO DE CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh Jesús mío! postrado en vuestro acatamiento me entrego a vuestro divino Corazón en reconocimiento de todos los beneficios que habéis dispensado a los hombres, y particularmente de la inestimable merced que nos habéis hecho, quedándoos en el

Santísimo Sacramento. Quiero dedicarme a dilatar la gloria de ese Corazón adorable, a fin de reparar en cuanto dependa de mí los ultrajes que os han hecho y os harán los pecadores hasta el fin del mundo.

Aceptad, oh Corazón sagrado, todos mis pensamientos, mis deseos, mi voluntad, mi memoria, mi libertad y toda mi vida. No quiero ofenderos más: ¡ojalá fuese dueño de los corazones de todos los hombres para poder presentároslos en homenaje! ¡Oh Señor! todos los instantes de mi vida os pertenecen, y todas mis acciones son vuestras; no permitáis haya en ellas cosa alguna que las haga indignas de vuestro adorable Corazón. ¡Oh Jesús mío! reinad en mí como soberano dueño, y haced que encuentre en vuestro Sagrado Corazón el modelo perfecto de santidad, mi fuerza, mi consuelo y esperanza. Amén.

Aquí se rezará, tres *Padre nuestros* en reverencia de las tres insignias de la Pasión con que se mostró el divino Corazón de Jesús: la cruz, la corona de espinas y la llaga del costado.

ACTO DE DESAGRAVIO AL CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh Corazón amantísimo de Jesús! poseído del más vivo dolor a la vista de las ofensas que habéis recibido y recibís aún todos los días en el Sacramento del altar, me prostro a vuestros pies para desagraviaros de ellas. ¡Ojalá pudiera con mi veneración y respeto reparar cumplidamente vuestro honor menospreciado!, ¡ojalá me fuese dado borrar con mi sangre tantas irreverencias, tantas profanaciones, tantos sacrilegios como se cometen contra Vos!, ¡cuán bien empleada estaría mi vida si lograrse darla por tan digno motivo! Otorgadme, Dios mío, el perdón que imploro para los impíos que os blasfeman, para los infieles que os desconocen, para los herejes y cismáticos que os deshonoran, para tantos católicos ingratos que profanan el misterio de vuestro amor, y finalmente para mí, que con tanta frecuencia os he injuriado. Trocad mi corazón delincuente; dadme un corazón contrito y humillado, un corazón puro y sin mancha, un corazón consagrado a vuestra gloria y víctima de vuestro amor. Por mi parte os prometo reparar en adelante tantas irreverencias y sacrilegios con mi modestia en el templo, con mi solicitud en visitaros, con mi devoción en recibirlos. Señor, concededme esta gracia, aumentando mi amor a Vos. Amén.

CÁNTICOS

LETRILLAS AL SAGRADO CORAZÓN

Corazón santo,
Tú reinarás
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

Venid, cristianos,
Y acá en el suelo
Como en el cielo
Se ve adorar;
También nosotros
Adoraremos
Y ensalzaremos
Al Dios de paz.

Jesús amable,
Jesús piadoso,
Dueño amoroso,
Dios de piedad;
Vengo a tus plantas,
Si Tú me dejas,
Humildes quejas
A presentar.

Divino pecho,
Donde se inflama
La dulce llama
De caridad,
¿Por qué la tienes
Ahí encerrada,
Y no abrasada
La tierra está?

Arroja en ella
Tu hermoso fuego,
Y toda luego
Se inflamará
¿No ves que el mundo
Vive aterido,
Y endurecido
En la impiedad?

Sagrado fuego
Y amor ardiente,
¿Cómo consiente
Tanta frialdad?
¡Ay! a lo menos
La triste España
No ya tu saña
Sufra de hoy más.

A ella obligado
Con tu empeñada
Palabra dada,
Señor, estás.
En ella has dicho
Que reinarías,
Y nuestros días
No lo verán.

Corazón dulce,
Manso y clemente,

Principio y fuente
De santidad:
Véante mis ojos
Desenajado,
Dueño adorado,
Dios de bondad.

Con lazo amigo,
Con lazo estrecho,
Tu amante pecho
Vengo a buscar,
Por Ti suspiro;
Ábreme el seno,
Que en él ¡cuán bueno
Es habitar!

Tú solo puedes,
Omnipotente,
Mi sed ardiente
Refrigerar.
Aquí, bien mío,
Aquí el postrero
Suspiro quiero
Por Ti exhalar.

CON FLECHA ARDIENTE

Con flecha ardiente,
Dueño y Señor,
Abre en mi pecho
Llaga de amor.

¡Ay, Jesús mío!
Mis culpas fueron
Las que te hirieron;
Yo fui, yo fui.
¡Delirio insano!
¡Infausta suerte!
Yo dura muerte,
Mi bien, te di.

Tu amante pecho
No fue el soldado,
Fue mi pecado
Quien le rasgó.
Mi horrenda culpa,
¡Ay infelice,
Qué es lo que hice!
Le atravesó.

Pero la sangre
De ese costado
Que yo he rasgado
Me ha de lavar.
Porque con ella

A tu homicida
Salud y vida
Le quieres dar.

SUSPIROS DEL CORAZÓN

¿Qué tengo dentro del alma?
¿Qué tengo en el corazón?
¿Qué tengo que tanto peno?
Tengo amor, mas no es amor.

Tengo amor no satisfecho,
Tengo amor que no es amor;
No amo bastante, y por eso
Tengo amor, tengo dolor.

Mis ojos y mis suspiros
Ardientes buscan mi Amor,
Mas ¡ay, que llegar no pueden
A mi Esposo y mi Señor!

¡Oh pena tan sin medida!
Liquida mi corazón,
y en gotas de sangre ardiente
Únanse a las de mi Dios.

Los dos uno, Amado mío;
Los dos uno, mi Señor;
Los dos uno, pues no puedo
Vivir más si no es con Vos.

S. T. J.

AL CORAZÓN DE JESÚS

Amor de mis amores,
Sagrado Corazón,
Sed luz, consuelo y guía
Del fiel que espera en Vos.

De espinas coronado
Que mi pecado os dio,
Rasgado de cruel lanza
Con que os hirió el sayón,
De llama y luz ceñido,
Emblema del amor,
Así os mostráis al mundo,
Así os venero yo.

Clavad de esas espinas
Una en mi corazón;
Abridme en esa herida,

Asilo protector;
Abráseme este incendio,
Alúmbreme este sol,
Y juntos ¡ay! vivamos
En Vos yo, y en mí Vos.

JESÚS ALS PECADORS

Miráu mon Cor de pare amorosissim
En creu morint d'espines coronat;
No n'hi claveu cap més al Cor dolcíssim
Que tant vos ha estimat.

Tinch per les verges palmes y corones,
Pel jove somnis, música y amor,
Gloria y recorts pels avis y matrones,
Pels infantets dolsor.

Jo só la via, veritat y vida;
Só hermós de cara, humil y dols de cor;
De flors mon jou, suáu y en lleugerida
Ma càrrega d'amor...

Veniu: daré consolació a qui plora,
Medecina suau al malaltís,
Y al pit de tots abocaré abans d'hora
Plahers del paradís...

Per més que'ls brassos nit y día axample,
Ningú ¡ay de Mí! ningú s'hi ve á llansar;
Per tot se trova'l coliséu poch ample,
Y es ¡ay! dessert l'altar.

Amors del cel, veniu á ferhi festes,
Que'ls de la terra ja no son per Mí.
¡Tant que l'estimo! ¡sols me guarda arrestes
Mon blat que ab sanch seguí!

¿Qué us he fet ab mos ósculs y abressades?
¿En qué us he ofessos per dexarme axí?
Donaume altres assots, altres llansades,
Mes no fugiu de Mí.

A amar y ser amat vinguí a la terra,
Fet anyell tendre per poder morí;
Jo, Déu de les venjances y la Guerra,
Que trono en Sinaí.

COBLES AL COR DE JESÚS

Sagrari del Altíssim,
Flor de les flors:

Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

La llansa que us feria
N'obri una font,
Que vessa nit y día
L'amor al mon;
Amor, amor suavíssim,
Vida dels cors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

Guardant per mi les roses
D'amor suáu,
D'espines afrontoses
Vos coronau:
Oh lliri floridíssim,
Cálcer d'olors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

La creu en Vos plantada,
Com arbre sant,
Ab mística rosada
Vos va regant;
Oh sanch d'Anyell castíssim,
Dolses regors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

Sou talam de caricies,
Hont qui hi dormís
Despertará en delícies
Del paradís.
D'amor sou riu amplíssim,
Mar de dolçors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

Venú, ánimes pures,
Venú, venú
Al tálam de dolsures
A ferhi niu:
Nihuet regaladíssim
Dels pecadors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

A Gertrudis, la pía,
Digué Joán
Que al mon se mostraría
Vostre amor gran,
Dexántnoslo riquíssim
Novells tresors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

Mostraunos ja, que es hora;
La terra us vol,
La terra per aurora,
Lo cel per sol;
Sens Vos, oh sol claríssim,
Es nit pels cors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

Oh Cor, Espanya us crida
Sortíu si us plau;
Encés astre de vida
Brilláu, brilláu;
L'infèrn contra l'Altíssim
Fa'l derré esforç:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

Pel cor que á Deu anyora
Siáu bon cel,
Per llabi que us adora
Bresca de mel,
Al Papa afligidíssim
Dauli refors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

Nostra Mare Teresa
Son cor sentí
Ferit ab fletxa encesa
De amor diví:
Feríu, Rey hermosíssim,
Les nostres cors:
Donaunos, Cor dolcíssim,
Vostres amors.

GOZOS AL CORAZÓN DE JESÚS

A ese Corazón llagado
Le dirás, oh pecador:
¡Ay, Corazón de mi Amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

Tanto Jesús ha estimado
La cruz de tu redención,
Que en el propio Corazón
Lugar superior le ha dado.

Corazón crucificado
Tuvo siempre el Salvador.
¡Ay, Corazón de mi Amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

¡Oh divino Corazón,
Enciéndeme con tus llamas

Y abrázame con tu amor!

Con espinas traspasado
Está el Corazón divino,
Que por ser amante y fino
Se mira todo punzado.

Tus culpas le han coronado
Con espinas de dolor.
¡Ay, Corazón de mi Amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

Jesús convida llagado
Con amorosa abertura,
Hecha fuente de dulzura
En su Corazón sagrado.

Llega sediento al costado;
Verás ¡qué dulce sabor!
¡Ay, Corazón de mi Amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

En fuego todo abrasado
Está por tu amor ardiendo,
Y con su llama encendiendo
Al corazón más helado.

Por ti se ve alanceado
En trono de gran valor.
¡Ay, Corazón de mi Amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

Tiene el Corazón sagrado
De nuestro amante Jesús
Fuego, espinas, llaga y cruz,
Con que amante se ha mostrado.

Míralo qué lastimado
Por querer al pecador.
¡Ay, Corazón de mi Amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

Te dice amante y llagado
Con el afecto más tierno:
Te libraré del infierno
Si acudes a mi sagrado.

No importa que hayas pecado
Como llegues con dolor.
¡Ay, Corazón de mi Amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

A este Corazón llagado
Le dirás, oh pecador:
¡Ay, Corazón de mi Amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

DESPEDIDA AL CORAZÓN DE JESÚS

Adiós, Corazón herido,
Cielo hermoso para mí;
Dentro de esa amante llaga
Guarda el alma que te di.

Adiós, Sol que me iluminas,
Déjame a tus pies vivir,
Y abrasada en tus incendios
En tu Corazón morir.

Adiós, Rey de mis amores;
Al despedirme de Ti
O tu corazón me prestas,
O el mío se queda aquí.

Adiós, Corazón divino
De Jesús, mi dulce amor;
Adiós, Cielo de los cielos,
Adiós, mi eterno Amador.

Dentro de esa amante llaga
Quiero amar, quiero sufrir;
Quiero, abrasada en su fuego,
En tu Corazón morir.

Adiós, paraíso hermoso,
Mi encanto, mi bien, mi Dios;
Adiós, Rey de mis amores,
Adiós, Jesús mío, adiós.

S. T. J.

Día de la Ascensión, de 1895.

TODO POR JESÚS,
MARÍA, JOSÉ Y TERESA DE JESÚS Y A
SU MAYOR HONRA Y GLORIA.
AMÉN. JESÚS.

ÍNDICE

Dedicatoria
Cada día
Día I. –Amor del Corazón de Jesús.
Día II. –Sacrificio del Corazón de Jesús.
Día III. –Reparación. Desagravios.

Novena.

Día I. –Humildad del Corazón de Jesús.

Día II. –Mansedumbre del Corazón de Jesús.

Día III. –Celo del Corazón de Jesús.

Día IV. –Pureza de intención del Corazón de Jesús.

Día V. –Paciencia del Corazón de Jesús.

Día VI. –Amistad del Corazón de Jesús.

Día VII. –Delicadezas del Corazón de Jesús.

Día VIII. –Unión con el Corazón de Jesús.

Día IX. –Los dos frutos más preciosos de la devoción al Corazón de Jesús.

Primer viernes de cada mes

Coronilla de desagravios y alabanzas al Corazón de Jesús.

Preces al Corazón de Jesús.

Culto perpetuo al Sagrado Corazón de Jesús.

Preces a los santos ángeles.

Compasión con Jesús.

Acto de consagración al Corazón de Jesús.

Acto de desagravio al Corazón de Jesús.

Cánticos.

Letrillas al Sagrado Corazón.

Con flecha ardiente.

Suspiros del corazón.

Al Corazón de Jesús.

Jesús als pecadors.

Cobles al Cor de Jesús.

Gozos al Sagrado Corazón de Jesús.

Despedida al Corazón de Jesús.